
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
RUBIES SANGRIENTOS

CLARK CARRADOS
RUBIES SANGRIENTOS

Colección SELECCION TERROR n.° 566 Publicación semanal
ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B. 40.284-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: enero. 1984 I.* edición
en América: julio, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El ladrón sonrió, enormemente satisfecho, al contemplar las dos piedras, gruesas como nueces, que despedían fulgores escarlatas. Habían sido largas semanas de trabajos y estudios para llegar al objetivo y, al fin, lo había conseguido.

Happ Bruckner levantó los dos rubíes, perfectamente gemelos, y los contempló al trasluz unos instantes, aprovechando el resplandor de la lámpara portátil que había usado para alumbrarse. Sosteniéndolos con ambas manos, por medio de los respectivos pulgar e índice, estuvo así unos momentos, realmente embobado, como estático, ajeno por completo a la realidad de este mundo.

Los rubíes le fascinaron. Le parecían las pupilas de unos ojos fantásticos, pertenecientes a algún ser extraño y desconocido. Su abstracción era tan grande, que no se dio cuenta de que le corría un hilillo de baba por la comisura de los labios.

Al cabo de unos momentos, sin embargo, se dio cuenta de que estaba perdiendo demasiado tiempo y que era preciso abandonar el lugar. Sólo entonces reparó en la humedad de su barbilla y, sacando un pañuelo, se limpió la saliva.

Inmediatamente, se echó los rubíes al bolsillo. Agarró la linterna, dio media vuelta y, apenas había caminado unos pasos, cuando se tropezó con un hombre.

Bruckner iba desarmado, pero se dijo que tendría que luchar para evitar la pérdida del botín tan trabajosamente conseguido. El otro no parecía demasiado fuerte, aunque sabía que no podía fiarse de las apariencias. Sin embargo, tenía en su poder algo que valía un centenar de miles de libras, contando con que tendría que ceder las piedras por un precio notoriamente inferior a su valor real, y no estaba dispuesto a perder tan suculenta recompensa.

El otro, de repente, sacó una pistola. En una fracción de segundo, Bruckner comprendió que las cosas se le ponían muy difíciles. Sin embargo, reaccionó con insólita rapidez y antes de que el otro pudiera advertir sus propósitos, sacó las piedras del bolsillo, y se las tragó velozmente, una tras otra.

Luego sonrió.

—Ya no puede quitármelas —dijo. El sujeto le miró ferozmente.
—Estás equivocado —contestó.

—Como no me abra las tripas... —dijo Bruckner con soma. Hubo un instante de silencio. Luego, el otro movió la pistola.

—Ven —dijo.
—¿Adónde?

—No te preocupes, ya lo sabrás. Ven o te pego un tiro aquí mismo.

Bruckner echó a andar. El desconocido le hizo salir de la casa y acercarse a un coche estacionado en las inmediaciones.
—Entra, en el asiento contiguo al del conductor.

Bruckner abrió la portezuela. Al inclinarse para entrar, sintió un vivísimo golpe en el cráneo y perdió el conocimiento.

Despertó mucho más tarde y notó que se hallaba tendido sobre una mesa alargada, a la

cual se hallaba sujeto por fuertes correas. Al mirar a todas partes para conseguir ver más detalles, vio al desconocido, vestido con una bata blanca y las manos enfundadas en unos guantes de goma

El pánico se apoderó de él.
—¡Eh, oiga, no irá a abrirme las tripas! —chilló.

El desconocido se volvió, sonriendo de una forma espantosa.
—Eso es, justamente, lo que pienso hacer —anunció.

—Espere... Usted no puede rajarme como un cerdo... Mire, dejaré que se quede con las piedras... Puede tenerme encerrado todo el tiempo que quiera; a veces, la policía lo hace y esperan a que la piedra salga naturalmente...

—No tengo ganas de hurgar en tu porquería —contestó el otro fríamente—. Además, tengo prisa.

Bruckner se dio cuenta de que no iba a conseguir nada y empezó a forcejear para soltarse de las ligaduras que le ataban a la mesa, pero lo único que consiguió fue hacerla volcar en uno de los violentos movimientos provocados por el pánico que se había apoderado de él.

La caída de la mesa con su ocupante produjo un fuerte estruendo. Bruckner quedó de lado, sin cesar en sus forcejeos, mientras chillaba con toda la potencia de sus pulmones.
El otro contempló la escena un momento y sonrió.
—Puede que así sea mejor —dijo.

Con una gran compresa, empapada en cloroformo, se acercó a Bruckner y, arrodillándose a su lado, se la aplicó a la cara. Bruckner contuvo la respiración todo lo que pudo, pero, inevitablemente, llegó el momento en que necesitó aire para sus pulmones.

Los movimientos de Bruckner fueron haciéndose cada vez más lentos, hasta cesar del todo. Entonces, el sujeto tiró la compresa a un rincón y, haciendo un poderoso esfuerzo, levantó la mesa.

inmediatamente, desnudó a Bruckner, cortando todas sus ropas con unas tijeras. Luego buscó un escalpelo.

Minutos más tarde, puso sus manos ensangrentadas bajo el grifo de una pila cercana. Cuando las tuvo limpias de sangre, se quitó los guantes. Acto seguido, cogió los dos rubíes, que habían quedado en el fondo de la pila, y los contempló a la luz de la potente lámpara que

iluminaba la estancia.

Sonreía placenteramente, pero, de pronto, notó algo que borró su expresión de satisfacción, trocándola en una mueca de rabia infinita.

—¡Maldita sea! —aulló—. ¡Son falsos! Unos duplicados de los originales...

Volviéndose, miró con odio a Bruckner. El ladrón, tendido sobre la mesa, con el vientre abierto, lleno de sangre por todas partes, respiraba entrecortada y rápidamente.

El hombre se preguntó qué debía hacer. Había sido engañado, aunque poseía la suficiente sensatez como para darse cuenta de que el engaño no procedía de Bruckner.

En aquel instante, el ladrón empezó a recobrar el conocimiento. Los efectos del anestésico se disipaban con rapidez.

Bruckner notó un terrible dolor en el vientre. Durante unos segundos, permaneció aturdido, sintiendo que el dolor le crecía como si le hubiesen encendido una hoguera en el estómago y la avivasen con un fuelle.

Por un instante, alzó un poco la cabeza y miró hacia el origen del dolor. Entonces se vio la espantosa herida del estómago, vio la sangre que continuaba fluyendo a ambos lados de su cuerpo, y lanzó un horripilante alarido.

Aquel grito, sin embargo, se apagó muy pronto. La visión de su cuerpo había provocado un brutal *shock,* lo que, unido a la pérdida de sangre, hizo que Bruckner se desmayara en el acto.

Durante una fracción de segundo, mientras se sumía de nuevo en las brumas de la inconsciencia, mientras le parecía hundirse en un océano de negrura total, pensó que aquella pérdida de conocimiento era precursora de su muerte inminente.

Bruckner se agitó todavía un poco, pero eran movimientos que no debían nada a su voluntad. Luego, lentamente, fue aquietándose, hasta quedar inmóvil por completo.

El desconocido había salido unos momentos de la estancia, indiferente a la suerte corrida por Bruckner. Al volver, su única preocupación era encontrar un medio de dejar todo en orden.

Y, por supuesto, debía deshacerse del cadáver. Pero este problema ya tenía solución.

* * *

Con aire despreocupado, Albert Normand atravesó el frondoso jardín y llegó a la puerta de la lujosa mansión, donde ya le aguardaba un hombre vestido correctamente.

Normand sonrió al ver al fiel servidor, al que palmeó efusivamente en un brazo.

—¿Cómo estás, buen Hardy? ¿Todo bien por aquí? ¿Sigue el viejo con sus gruñidos de costumbre? ¿No ha reventado todavía?

El mayordomo se inclinó.

—El señor sigue perfectamente, señor —contestó—. Permítame decirle que me alegro infinito de verle, señor Normand. Hacía mucho tiempo que no venía usted por esta casa...

—Tú conoces bien los motivos. Y no hubiera vuelto, de no haber sido porque me llamó el viejo cascarrabias y aún no conozco los motivos de esa llamada. ¿Sabes algo al respecto?

—Lo siento, señor. Su tío no me ha dicho nada, excepto que esperaba la llegada de usted. Pero debe de estar ya esperándole...

—Sí, vamos, Hardy, no provoquemos en él un estallido que le haga... —De pronto, Normand se detuvo y miró de hito en hito al mayordomo—. Aunque bien mirado, si yo fuese hecho de otra pasta... provocaría una explosión de ira... a ver si así reventaba de una vez y agarraba un buen pellizco de la herencia...

—Oh, señor — contestó sonriendo el viejo mayordomo—, usted no es de esa clase de personas. En ningún sentido, señor.

—Gracias por el buen concepto que tienes de mí, Hardy. Es cierto, aunque le tengo muy pocas simpatías, no por ello le deseo ningún mal; antes al contrario, pienso que fue her-mano de mi madre y ojalá viva un par de siglos más. Y tú sirviéndole, claro.

—Muy amable, muchas gracias, señor. Por aquí...
—Hardy, no necesito que me guíes. Conozco demasiado bien este mausoleo.

Normand era un hombre joven, apuesto, de aire atlético y porte desenvuelto. Cruzó a

largas zancadas el enorme vestíbulo y abrió una puerta, a la que asomó la cabeza con precaución.

—¡Uhú!

Había un anciano dormitando en un butacón, con una manta sobre las piernas, a poca distancia de una enorme chimenea, en la que ardía un buen fuego, cuyo calor resultaba muy agradable, dada la estación. Al oír aquella voz, el anciano abrió un ojo y miró hacia la puerta.

—Vaya —comentó agriamente—, ya estás aquí. Pensé que llegarías dentro de cinco años...

—O de diez. ¿Quién tiene prisa en un mundo dominado por las prisas? —rió el joven, a la vez que, terminando de cruzar el umbral, cerraba la puerta—. ¿Qué tripa se te ha roto, tío Morgan?

El anciano se removió en la butaca.

—Siempre serás el mismo: necio, irresponsable, falto de seso... ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

—Ahora mismo, tío.

Normand agarró una silla, puso ambas manos en el borde, apoyó la cabeza en el asiento y, tomando impulso, levantó los pies en alto.

—Mi cabeza ya está sentada —dijo alegremente—. Continúa con tus insultos, querido tío. Para mí, son la música más agradable, te lo aseguro. Cuando alguien me pregunta por ti, siempre contesto lo mismo: «La estancia en casa de sir Morgan Lann-Smooth sin insultos, es estancia perdida.»

El anciano se levantó y agarró un bastón, pero Normand deshizo la postura y se puso de pie ágilmente.

—No te excites, tío; no es bueno para tu salud —dijo.

—A ti te gustaría verme bajo seis pies de tierra...

—Hablando con sinceridad, deseo que vivas muchos años. Pero no me consumo esperando a que mueras para heredar tu fortuna. Eso es algo que me deja completamente frío.

—Otros no dicen lo mismo —gruñó el anciano, que había vuelto a sentarse.

—Lo sé. No todos tus hermanos eran como mi madre. Y sus hijos, mis primos, no son como yo. Ellos viven casi sin respirar, esperando las migajas que les concedes anualmente, para derrochar luego el dinero en tonterías y en cuatro días...

—Tú siempre me devuelves los cheques que te envío por Navidad. Normand se acercó a una consola y empezó a llenar una copa.
—No necesito tu dinero ni lo quiero.
—Vives como un pordiosero...

—Esa clase de vida me gusta. Mis primos, tus sobrinos, trabajan como enanos en tus empresas, vigilados ferozmente por fieles gerentes, que les tratan como esclavos, a cambio de un sueldo. No, gracias, tío; ésa no es la clase de vida que deseo para mí.

—Entonces, morirás pobre, en la miseria...

Normand se encogió de hombros.

—Es posible, pero habré vivido feliz —contestó—. Y, sobre todo, libre de tu implacable tutela. Pero, si mal no recuerdo, me has hecho llamar para algo y todavía no sé qué es.

Cuando recibí tu carta, creí que tenía una pesadilla. Mi tío, pidiéndome ayuda... ¿Estoy soñando todavía, tío Morgan?

—No seas mordaz —refunfuñó el anciano—. Aunque parezca mentira, te necesito, Albert.

—Bien, si me dices qué puedo hacer en tu obsequio... A fin de cuentas, la sangre es más espesa que el agua y tú y mi madre nacisteis del mismo vientre. ¿Qué tripa se te ha roto, tío?

—Albert, escucha con atención —dijo sir Morgan—, Quiero que vayas a Farnclough House y eches a la inquilina que vive allí desde hace casi un año, sin haberme pagado todavía un penique por el alquiler de la casa.

CAPITULO II

Normand parpadeó, asombrado por tan extraña petición, y volvió a tomar un sorbo de licor. Luego se volvió hacia su tío.

—No sabía que Farnclough House estuviese habitada —manifestó —. ¿Qué te sucede con su inquilina?

—Se llama Thea Vilmot. Es hija de un viejo amigo mío, quien murió el año pasado, pero me parece una mujer que no tiene sentido de la dignidad, y no quiero que se burlen de mí. Gracias a que su padre y yo fuimos buenos amigos, no he pedido una orden judicial de desahucio. Su padre, además, murió, dejándome a deber casi diez mil libras esterlinas. Ella me prometió pagarlas algún día, pero no sólo no ha cumplido su palabra, sino que ni siquiera ha pagado un solo mes de la renta. ¿Lo vas comprendiendo?

—Sí, tío. Debo ir a Farnclough, agarrarla por un brazo y echarla a la calle. ¿He de aplicarle también un puntapié en las posaderas?

—Por mí, no hay inconveniente alguno. Si te parece oportuno, se lo pegas y en paz.

—Querido tío con nombre de pirata...

—¡No me digas eso! —exclamó sir Morgan furiosamente—, Es un calificativo que detesto. Muchos me lo aplican, es cierto, pero sólo son los que fracasaron en sus negocios.

—Sí, sí, ya sé, el darwinismo social, la lucha por la vida, la supervivencia de los más fuertes... Tú fuiste uno de los más fuertes, ¿verdad?

—Hablas como uno de esos radicales que quieren arreglar el mundo con sus malditas revoluciones y poner a todos bajo una disciplina férrea. ¿De veras eres así, Albert?

—No. En una situación como la que has descrito, yo sería un parásito detestable, un hombre al que habría que reeducar para el bien de la comunidad y todas esas tonterías. Pero también hay un término medio, tío.

—No te he llamado para hablar de política —gruñó sir Morgan—. Estábamos hablando de Thea Vilmot.

—Lo recuerdo perfectamente. Quieres que la eche...

—Pero no sin conocer los motivos por los que no ha cancelado su deuda ni pagado el alquiler.

Normand miró fijamente a su tío.

—Creo que en esa misión hay algo más que un simple problema de dinero —dijo—. Exactamente, ¿qué sucede?

El anciano pareció sentirse incómodo.

—Hace tiempo, sufragué los gastos de una expedición... John Vilmot, el padre de Thea, era antropólogo... Fue a una tierra muy lejana y volvió, habiendo fracasado en sus proyec-tos. Eso... —sir Morgan titubeó un poco y concluyó bruscamente—: Eso es todo, Albert.

—Creo que empiezo a comprender lo que pasa. Tú, lo que quieres, es que yo averigüe por qué fracasó John Vilmot. Algo le pasó, ¿no es cierto?

—Sí y quiero saberlo. He esperado casi un año, a que Thea me diera explicaciones, pero no se ha dignado no ya escribirme cuatro líneas, sino ni siquiera llamarme por teléfono. Arregla eso, sobrino; tú y yo nos peleamos constantemente, pero eres el único en quien

confío.

—Muchas gracias, tío Morgan. Y... ¿es muy elevada la suma de la deuda total?

—Nueve mil setecientas treinta libras, del préstamo inicial. El alquiler de Farnclough es de cuatrocientas setenta mensuales, y son once meses, o sea cinco mil ciento setenta libras.

—En total, catorce mil novecientas libras.

—Sí y no quiero perder ni un penique de esa suma Nunca he perdonado una deuda y no voy a empezar ahora, a mis años.

—Claro, claro —dijo el joven con soma—. Sólo los tontos y los incautos perdonan las deudas.

Sir Morgan alzó la cabeza y miró desafiante a su sobrino.

—Tienes razón. Perdóname, tío, no había reparado en el detalle. Bien, haré lo que pueda y, desde luego, Thea Vilmot o paga o se va a la calle.

Se acercó a una ventana y sonrió. Había empezado a llover y el tiempo empeoraba a ojos vistas.

—Pobre mujer, con este tiempo... Tío, ¿continúas aún con Martha como cocinera? Recuerdo sus maravillosas piernas de cordero...

—Te servirá una, si te quedas a cenar.

—Por supuesto, y no me comeré también los huesos, por vergüenza. Martha guisa tan estupendamente...

—Entonces, si quieres cenar, tira del cordón para que venga Hardy y encargarle que ponga un cubierto más para ti.

Mientras aguardaban la cena, Normand se entretuvo leyendo un periódico que había encima de una mesa. Los titulares de una de las noticias llamaron poderosamente su atención. Un hombre, identificado como Happ Bruckner, había sido encontrado por la patrulla fluvial del Támesis, con el vientre abierto por un instrumento cortante. El forense sospechaba que se había utilizado un escalpelo de cirujano, sin duda para extraer algo de su estómago. Tal vez una bolsita con droga o algo muy valioso, opinaba, sin tener la seguridad completa de que lo que decía era cierto.

De pronto, Normand recordó un detalle.

—Tío, me extraña no haber visto a Andrew Barston, tu hombre de confianza. Siempre estaba aquí, a tu lado...

—Le despedí el mes pasado. Ya no tenía confianza en él —contestó el anciano secamente.

Normand apreció que su tío no quería entrar en explicaciones sobre el suceso y se abstuvo de formular más preguntas. Además, en aquel momento, Hardy anunció que la cena estaba servida y se dispuso a gozar de las obras de arte que elaboraba la cocinera de sir Morgan.

* * *

Había empezado a llover y Normand caminaba a lo largo de una estrecha carretera de altos márgenes, cubiertos de vegetación y con abundante arbolado. Oscurecería muy

pronto y todavía le faltaba un buen trecho para llegar a su destino, aunque empezó a pensar en la conveniencia de quedarse a dormir en el hotel de Barshamore.

De pronto oyó el ruido del motor de un coche que se acercaba y dio unos pasos laterales, para apartarse del centro de la carretera. El automóvil se le acercó rápidamente, pero cuando ya llegaba a su altura, Normand percibió el sonido de los frenos.

El coche se detuvo pocos metros más adelante. Normand, intrigado, se acercó al vehículo.

—Suba —dijo la conductora, a la vez que abría la portezuela del otro lado—. Con este tiempo, se va a empapar.

Normand miró asombrado a la mujer que le hablaba de forma tan sorprendente. No había querido hacer señales de detención y ella había parado el coche voluntariamente, cosa que era muy de agradecer.

—Le doy las gracias, señora —dijo el joven, apenas estuvo acomodado en su asiento—. Francamente, me encontraba en una difícil situación...

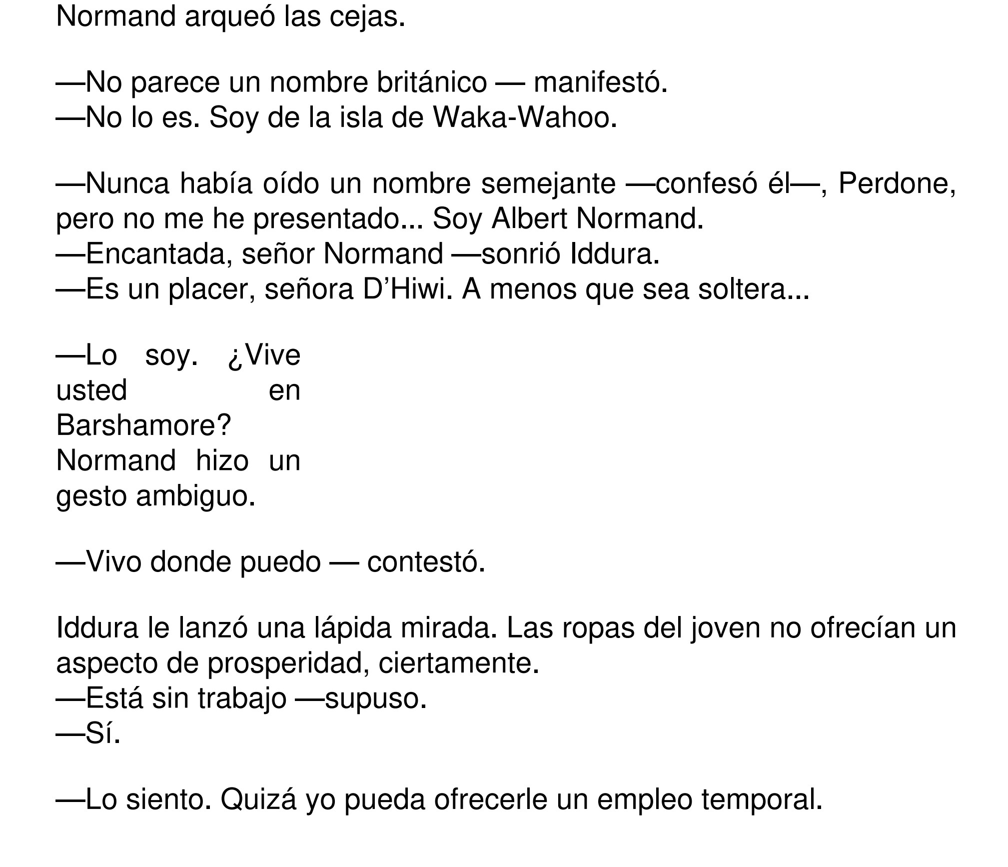
—El invierno no se ha marchado todavía y hace un tiempo muy inclemente. ¿Se dirige a Barshamore?

Ella hablaba atenta al manejo del volante, sin mirarle siquiera. Normand hizo un gesto de asentimiento.
—Sí voy a Barshamore — respondió.

Farnclough House estaba a un par de millas de distancia, pero no sentía deseos de mencionarlo.
—Tendré que pernoctar en el hotel —manifestó la conductora.
—Creo que es bastante bueno, dentro de su modestia. Pero no he estado nunca allí...

Mientras hablaba, Normand observó furtivamente a la mujer. Era joven, ya que aparentaba unos veinticinco años, de figura muy esbelta, pelo intensamente negro y piel levemente aceitunada. Los ojos poseían cierta oblicuidad, que juzgó originaria de algún país exótico.

—Me llamo Iddura D'Hiwi
—dijo ella de pronto.



Normand arqueó las cejas.

—No parece un nombre británico — manifestó.
—No lo es. Soy de la isla de Waka-Wahoo.

—Nunca había oído un nombre semejante —confesó él—, Perdone, pero no me he presentado... Soy Albert Normand.
—Encantada, señor Normand —sonrió Iddura.
—Es un placer, señora D'Hiwi. A menos que sea soltera...

—Lo soy. ¿Vive usted en Barshamore?
Normand hizo un gesto ambiguo.

—Vivo donde puedo — contestó.

Iddura le lanzó una lápida mirada. Las ropas del joven no ofrecían un aspecto de prosperidad, ciertamente.
—Está sin trabajo —supuso.
—Sí.

—Lo siento. Quizá yo pueda ofrecerle un empleo temporal.

—¿De veras? ¿Qué clase de trabajo, señora?
Las luces de Barshamore se avistaron a lo lejos en aquel momento.

—¿Sabe usted conducir, señor Normand? —preguntó Id- dura repentinamente.
—Por supuesto, señorita...

Iddura frenó rápidamente.

—Usted será mi chófer por ahora. Esta noche, nos alojaremos en el hotel; no se preocupe, yo correré con los gastos. Más tarde, hablaremos de su trabajo. ¿Le parece bien?

—Si no tengo que ir muy lejos de Barshamore...

—No, no viajará a más de un par de millas de distancia. Y, descuide, tampoco voy a encargarle que asesine a nadie.
Iddura se apeó.

—Puede conducir, Albert —dijo, a la vez que se disponía a sentarse en el asiento posterior.
—Sí, señora.

Normand se sentía enormemente intrigado por la actitud de aquella hermosa joven, pero se dijo que valía la pena seguir adelante, para conocer sus propósitos. A fin de cuentas, si lo que Iddura iba a proponerle no era de su agrado, rechazaría la oferta y en paz.

CAPITULO III

Cenaron, naturalmente, en mesas separadas, puesto que ella era la señora y él sólo un sirviente. Normand vio que los dos constituían la mitad de los comensales que había en aquel momento en el hotel.

Otra pareja comía en una mesa relativamente cercana. Eran jóvenes, aunque los dos habían cumplido ya los treinta años, con aspecto de matrimonio, aunque no demasiado unido, a juzgar por las palabras que intercambiaban en el curso de la cena y que, según los gestos que hacían, no parecían constituir ciertamente un intercambio de florilegios.

Ella era una rubia opulenta, de facciones un tanto bastas y ojos más bien pequeños, pero resultaba atractiva, debido, precisamente, a la exuberancia de sus contornos. Al hombre se le veía fornido, de gruesos puños y tenía todo el aspecto de un boxeador fracasado.

En la mesa opuesta, Iddura cenaba con mesura. Normand tenía apetito y llenó el estómago con un excelente menú. Al terminar, se puso en pie, disponiéndose a retirarse a su habitación.

El interior del hotel estaba agradablemente caldeado. No había chimeneas con leños, pero la calefacción funcionaba perfectamente.

La rubia y el boxeador se levantaron también. Iban a salir casi juntos, pero Normand, en su papel de sirviente, los dejó pasar primero.

Ella agradeció el gesto con una sonrisa que a Normand le pareció un tanto provocativa. Pero el hombre lo advirtió y la pellizcó fuertemente en una de sus carnosas caderas.

—No seas bruto, Bill Bruckner — protestó.

—Tienes la manía de «timarte» con todos los hombres que pasan por tu lado y empiezo a hartarme...

—¿Me cortarás el pescuezo? —preguntó ella burlonamente—. ¿O me rajarás el estómago, como hicieron con tu hermano Happ?

Normand oyó aquellas pocas palabras y se sintió muy intrigado, ya que recordaba muy bien el suceso de que había sido protagonista el hermano del boxeador frustrado. Se pre-guntó qué podía hacer aquella pareja, en un lugar situado a casi trescientas millas de

Londres.

Un tanto perplejo, subió a su habitación y se desvistió lentamente. No llevaba equipaje apenas; sólo una mochila con un par de mudas y los elementos indispensables de aseo. Fuera, la lluvia caía con monótona intensidad, pero sin ráfagas de viento que causaran ruidos perturbadores.

Momentos después, estaba en la cama. Fumó un cigarrillo y luego se sintió invadido por un agradable sopor. La temperatura era muy agradable, la cama era blanda y el ruido de la lluvia era una especie de arrullo que invitaba a un sueño profundo y satisfactorio.

De repente, cuando ya empezaba a dormirse, oyó un ligero ruidito que procedía de la entrada a la habitación.

Instintivamente, volvió la mirada hacia allí. Asombrado, vio que la puerta se abría muy despacio.

Alguien quería entrar en la estancia. Con cierta alarma, se incorporó sobre un codo, preguntándose quién podía ser el intruso y qué quería de él a unas horas tan

intempestivas.

La puerta terminó de abrirse y entonces Normand vio la figura de una mujer. Ella iba vestida únicamente con una especie de camisón cerrado, de tejido muy fino, lo que, du-rante unos segundos, permitió ver con toda claridad su silueta al trasluz de la lámpara del corredor.

Normand se sintió estupefacto. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, ella dijo:
—Silencio, por favor, no diga nada.

Normand recordó entonces que Iddura le había dicho, tras subir al coche, que más tarde hablarían del trabajo que ella iba a darle. No habían vuelto a hablar más del asunto y él había llegado a pensar que las explicaciones llegarían al día siguiente. Por lo visto, Iddura había cambiado de opinión.

La joven cerró y la oscuridad sobrevino a la estancia.
—Encenderé la luz —dijo Normand.

—No, no será necesario —contradijo Iddura—. Espere un momento.

Normand percibió el susurro de sus pies al caminar a tientas por la estancia. Luego notó que ella tocaba la cama con una mano y que se detenía al borde.

Después oyó el ruido inconfundible de unas ropas que caían al suelo. Adivinando lo que iba a pasar, pero también enormemente extrañado, se hizo a un lado en la cama. Ella apartó el embozo y se metió rápidamente, situándose a su lado.

—Señora...
—Llámame Iddura, simplemente, por ahora —pidió ella—. ¿Te extraña?

—Bueno... No sé qué decir... La verdad es que no me esperaba una cosa semejante...

—Cuando nos encontramos esta tarde, te dije que más tarde hablaríamos de tu trabajo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, desde luego.

—Pero la noche es larga y apenas ha hecho más que comenzar. Tenemos tiempo de sobra, Albert.
Normand carraspeó.

—Iddura..., yo...

Ella soltó una risita.
—¿Eres tímido?

Aquella pregunta encerraba un doble sentido, que el joven captó inmediatamente.
—He de suponer que he recibido cierta clase de invitación —dijo.

—Supones bien, Albert.
—Entonces, debes saber que hay invitaciones que no rechazo jamás.

Normand abrazó fuertemente a la joven y ella no sólo no le rechazó, sino que correspondió ardientemente a sus caricias. Durante unos momentos, le pareció a Normand que estaba en poder de un enorme felino, pero la piel de aquella tigresa era suave y cálida, y sus besos no tenían nada de mordiscos causados por fieros colmillos. Iddura, pensó un instante, era seda y fuego, y él se dejó consumir por la pasión, olvidándose por completo de cuanto le rodeaba.

Transcurrió un buen rato. Luego permanecieron tendidos, estrechamente abrazados, ella con la cabeza apoyada en el amplio tórax del joven.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él, pasados algunos momentos.
—Por supuesto —accedió Iddura—. ¿De qué se trata?

—¿Es ésta la clase de trabajo que querías encomendarme? Iddura le besó suavemente en los labios.

—Voy a Farnclough House, invitada por la hija del que fue un gran amigo de mi padre. En realidad, quiero recuperar algo que ella supone está en su poder, aunque ignora dónde. Tú aparecerás como mi amigo y guardaespaldas, y permanecerás en la casa todo el tiempo que yo esté allí. Sólo tendrás que abrir bien los ojos y escuchar cuanto puedas, informándome luego de lo que hayas podido ver y oír durante el día. ¿Está claro?

Normand reflexionó durante unos segundos. Resultaba asombroso saber que Iddura se dirigía al mismo lugar que él, invitada por una inquilina que no parecía tener intenciones de abonar la deuda contraída con su tío.

Iddura iba a recuperar algo, aunque no le había dicho de qué se trataba ni parecía tener intenciones de decirlo. Su tío también había insinuado ciertos detalles sobre la expedición de John Vilmot y, aunque no lo había mencionado, estaba seguro de que le enviaba a Farnclough House para algo más que el simple cobro de una deuda, por muy elevada que fuese la cantidad.

El anciano le había dicho que averiguase por qué Thea Vilmot no le pagaba. Pero no le había fijado tiempo para conseguir los datos.
—Sí, está muy claro —dijo al cabo—. ¿Eso es todo?

—Bueno..., habrá momentos... de expansión... Ya encontraremos el momento apropiado, ¿no te parece?
—Indudablemente. Y, ¿puedo decirte otra cosa?
—Todo lo que quieras, Albert.

—Cuando se te ve por primera vez, pareces una mujer distante, fría, algo que no pertenece a este mundo... Uno, al verte, piensa que eres una estatua simplemente animada, carente de sentimientos como los demás mortales... No puedes descender a sensaciones que sólo son propias de las personas, porque tú eres muy superior a todos...
—¿De veras? —sonrió ella en la oscuridad.
—Y, sin embargo, has demostrado precisamente todo lo contrario...

Iddura rió en tono bajo, pero, evidentemente halagada.
—Soy una mujer —contestó.

De pronto, se volvió hacia el joven, le abrazó con fuerza y buscó su boca. Y nuevamente volvieron a sumergirse en un inagotable océano de pasión.
Luego, se durmieron, estrechamente abrazados.

* * *

Fuera, en el corredor, se oyó el leve gañido de una tabla vieja y, seguramente, mal encajada con el resto de las que componían el pavimento.

El sonido llegó a los oídos de Normand, incluso por encima del incesante rumor de la lluvia. El joven abrió un ojo y creyó notar que alguien manipulaba en la cerradura de la puerta.

Alguien iba a entrar y no sabía con qué intenciones. Pero no sentía el menor deseo de

que se descubriera allí la presencia de Iddura.

Ella estaba profundamente dormida. Normand la sacudió, pero tapándole la boca para que no pudiera gritar.

—Escucha, Iddura, quieren entrar. Déjate caer por tu lado y escóndete debajo de la cama. Rápido, no tenemos tiempo que perder.

Iddura comprendió en el acto y volteó silenciosamente, reptando luego para ocultarse bajo la cama Agarró su camisón y lo atrajo hacia sí, quedándose completamente inmóvil y en absoluto silencio.

La puerta se abrió muy despacio y la grieta de luz que procedía del corredor se ensanchó paulatinamente. Un hombre asomó la cabeza. Alguien habló detrás de él.

—Calla —dijo el hombre ásperamente, aunque en tono muy bajo—. Si está dormido, como debe ser, lo vas a despertar.

El hombre cruzó el umbral, cerró y encendió una diminuta linterna. Normand simuló hallarse en un profundo sueño.

Pero estaba con todos los músculos en tensión, presto a defenderse si era atacado. Sin embargo, el intruso no parecía haber entrado con intenciones ofensivas.

Con los ojos entreabiertos, Normand le vio registrar rápidamente su exiguo equipaje. Al cabo de unos momentos, haciendo una mueca de frustración, el intruso dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Al abrir, dijo:
—Nada no hay nada que pueda interesarnos.

—Tal vez en la habitación de ella...
—Sí, vamos a ver.

La puerta se cerró. Normand encendió la luz y se sentó en la cama.
—Ya puedes salir, Iddura.
La joven abandonó su escondite y se puso el camisón.

—Lo he oído todo — dijo, simplemente.
—Van a tu cuarto. ¿Guardas algo importante? ¿Objetos de valor? ¿Joyas?

—Tengo algunas, aunque no son de gran valor. Más bien decorativas...

—Para cierta clase de tipos, pueden representar mucho —dijo Normand, mientras se ponía los pantalones.
Ella corrió hacia la puerta, pero el joven la alcanzó en un instante.
—Deja, yo iré delante —pidió, a la vez que la apartaba con enérgico ademán.

Iddura le dejó pasar. Normand abrió la puerta, pero, apenas había asomado la cabeza, vio a dos personas que salían de una de las habitaciones y corrían apresuradamente a refugiarse en otra, situada en el extremo opuesto del corredor.

A pesar de la brevedad de la escena, pudo reconocer a la pareja. Eran Bill Bruckner y la rubia que estaban cenando en el comedor. Bruckner y la mujer entraron en su cuarto y cerraron en el acto. A Normand le pareció, por los ruidos que pudo captar, que incluso se atrancaban dentro, como si sintieran un pánico espantoso hacia algo que no podía enten-der en aquellos momentos.

Al cabo de unos segundos, abrió y salió al corredor. Luego se volvió hacia Iddura.
—Han entrado en tu habitación, pero les he visto salir como si les persiguiera el diablo

—manifestó—. No sé qué les habrá pasado...

—Vamos a verlo —dijo ella resueltamente.

Normand alcanzó la puerta en cuatro zancadas, que aún estaba entreabierta, y se dispuso a pasar al otro lado. Entonces notó la presión de la mano de Iddura en su brazo.

—Albert, ése no es mi cuarto — dijo ella. Normand se volvió, enormemente sorprendido.

—Han salido de aquí —murmuró.

Iddura hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es mi dormitorio — insistió.

—Entonces, se habrán confundido...

—Espera... Recuerdo que ellos estaban en recepción cuando llegamos. Tú te habías quedado rezagado, acomodando el coche en el garaje del hotel. La encargada de recepción anunció un número cuando ellos ya se retiraban, pero, casi en el acto, me dijo que iba a darme otra habitación mejor.

—Creo que comprendo. Ellos oyeron el primer número, pero no el segundo. Por tanto, han creído que te alojabas en esta habitación.

—Sí, eso ha sido.

—Bien, pero ¿qué hay adentro que los ha hecho escapar como si hubieran visto al mismísimo demonio?

—¿Por qué no entramos a verlo, Albert?

El joven, resuelto, empujó la puerta y buscó el interruptor de la luz. Apenas la hubo encendido, vio a un hombre sentado en un butacón, al lado opuesto, pero frente a la entrada.

El hombre parecía dormir, con la cabeza doblada sobre el pecho, pero en la pechera de su camisa se veía asomar el delgado mango de un agudo estilete, hincado en su cuerpo hasta la empuñadura. Dado que el arma se había quedado clavada en la herida, había servido como una especie de tapón, que había impedido una excesiva efusión de sangre. El color de la sangre había tomado ya un tono oscuro, lo que dijo a Normand que la muerte debía haberse producido hada algunas horas. Normand no pudo evitar un pensamiento tétrico: «Mientras nosotros gozábamos, disfrutando de la vida, él la perdía...»

Iddura no había pronunciado una palabra ni se había mostrado demasiado afectada a la vista del cadáver. Un poco rehecho de la impresión, Normand se volvió hacia ella.
—¿Lo conoces?
Iddura hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto.
Normand reflexionó con rapidez.

—Escucha, aquí se ha cometido un crimen y nadie nos hemos enterado, hasta que hemos visto el cadáver. Bruckner y su mujer callarán, estoy seguro de ello. Nosotros tampoco tenemos por qué darnos por enterados, ¿comprendes?

—Sí, creo que tienes razón.

—Me gustaría acabar la noche a tu lado, pero pienso que ya no podría reaccionar. A menos que quieras compañía, sólo para sentirte mejor...
Iddura sonrió.
—Será mejor que me vuelva a mi habitación —contestó.

—Quizá esos dos quieran entrar...
—Ya no podré dormir, pero no te preocupes. Tengo un revólver.

—No cometas ninguna imprudencia, Iddura.
—Descuida, Albert.

De pronto, ella, que iba completamente descalza, se empinó sobre las puntas de los pies y le besó en la boca.
—Han sido unos momentos inolvidables —se despidió.

Normand sonrió, halagado en su orgullo varonil. Luego, obedeciendo a una súbita inspiración, entró en el cuarto, cerró con todo cuidado y se acercó al muerto, con el propósito de registrar sus ropas y averiguar todo lo posible acerca de los motivos que alguien había tenido para clavarle un puñal en el corazón.

CAPITULO IV

En el hotel todo parecía normal a la mañana siguiente. Normand e Iddura desayunaron en mesas separadas. Los Bruckner no habían dado aún señales de vida.

Después de desayunar, se levantaron y fueron al vestíbulo. La misma recepcionista que les había atendido la víspera, se dispuso a cobrar la cuenta del hospedaje.

Era una mujer cercana a la cuarentena, de pelo castaño, tirante, con un gran moño en la nuca y gafas de grueso vidrio. Unas gafas de mejor diseño la habrían hecho más atrac-tiva, ya que, pese a que su rostro no era precisamente hermoso, tampoco resultaba especialmente desagradable y, además, tenía un cuerpo pródigamente dotado por la naturaleza.

—La señora, supongo, habrá quedado satisfecha de nuestro servicio — dijo la recepcionista.

—Sí, mucho —contestó Iddura—, No he encontrado el menor fallo y todo ha resultado sumamente agradable.
—Mil gracias, señora... Su cuenta, por favor...

—Con su permiso, señora —intervino Normand—. Llevaré el equipaje al coche y la esperaré junto a la entrada.
—Sí, gracias, Albert.

El joven cargó con dos pesadas maletas y un maletín de aseo, y sal» por la puerta trasera al garaje, que se hallaba en un edificio contiguo, aunque independiente. Al llegar allí, dejó todo en el suelo, sacó la llave y abrió el maletero.

Inmediatamente, se quedó quieto, rígido como una estatua. «Una bonita manera de sacudirse el muerto de encima», pensó.

El cadáver estaba allí, en el interior del maletero, encogido sobre sí mismo, los ojos muy abiertos, aunque no enfocados hacia el exterior. Durante unos segundos, Normand per-maneció inmóvil, mientras su mente funcionaba a toda presión.

Por un momento, pensó en llevar el cadáver y dejarlo luego en algún punto del trayecto hasta Farnclough House, pero desistió de la idea,

apenas concebida. Había una solución mejor, se dijo, con la vista fija en el coche de los Bruckner, estacionado junto al de Iddura.

Minutos más tarde, se detenía ante la puerta del hotel. Había cesado de llover, pero el cielo estaba aún cubierto de nubes.

Iddura descendió las escaleras y se acercó al vehículo cuya puerta tenía abierta el joven respetuosamente. Después de que ella se hubo acomodado en el asiento posterior, Normand ocupó su puesto y el coche arrancó sin más demora.

Pronto enfilaron el camino que conduda a Farnclough House. Entonces, Normand, sin volverse, dijo:
—Tengo una noticia.
—¿Fresca? —rió ella.

—Frió como el mármol.
Iddura se agitó bruscamente en su asiento.

—Albert, no irás a decirme que estaba en...
—En el maletero, pero lo cambié al de los Bruckner.

—Dios mío, ¿cómo ha sido posible una cosa semejante? —se asombró ella.

—No lo sé. Alguien sacó el cadáver de la habitación y lo puso en el maletero de tu coche. Yo lo vi, cuando iba a colocar el equipaje, y entonces hice el cambio.
—Me pregunto qué harán los Bruckner cuando lo vean, Albert.

—Les hemos cargado con el muerto. Ya se arreglarán, no te preocupes. Por cierto, ¿qué tal has pasado el resto de la noche?
—Desvelada, claro.
—¿Han ido los Bruckner a husmear a tu habitación?

—Nadie ha entrado, puedo asegurártelo.
—Desde luego. Aunque, supongo, no querrás decirme qué podían buscar esos dos...

—Te lo dije anoche; tengo algunas joyas.
—Sí, es cierto, ya no lo recordaba.

«Mientes, preciosa; tienes algo más, pero ya acabaré por saberlo», se dijo el joven.

—Ah, lo había olvidado —exclamó de pronto—. El muerto se llamaba Warleigh Jones y era corredor.
Iddura airó las cejas.

—No me pareció que tuviera el aspecto de un atleta precisamente —manifestó. Normand se echó a reír.

—Corredor de apuestas: hipódromos, galgos, sobre deportes, también bodas reales y principescas... Y vivía en Londres, aunque no he podido averiguar qué le trajo a Barshamore.

—Extraño, ¿no?

—Esa clase de tipos suelen estar mezclados, en ocasiones, en negocios nada claros, y no los resuelven a la luz del día, en bancos o en despachos de la City, sino en lugares donde su actuación puede pasar desapercibida.

—Esta vez, no fue así, Albert.

—No —convino el joven—. En esta ocasión, y puesto que Jones era corredor, yo apostaría diez a uno a que se trata de lo que se conoce vulgarmente como «ajuste de cuentas».

* * *

Farnclough House quedó a la vista al doblar una curva del camino, que discurría entre una frondosa vegetación, ahora completamente empapada del agua que había caído sin interrupción durante toda la noche.

La casa estaba en alto y era una mansión de planta cuadrada, con un pequeño torreón cilíndrico en el ala Oeste. Salvo por el hecho de que estaba emplazada en un lugar muy agradable durante el buen tiempo, el aspecto de la mansión era más bien deprimente. El arquitecto no se había esmerado en los planos, limitándose a una labor rutinaria que no habría contribuido precisamente a acrecentar su fama

Pero la casa había sido construida a principios del siglo pasado y a su constructor y a su propietario los comentarios actuales les tendrían sin cuidado, pensó Normand, mientras describía un amplio círculo para detener el coche frente a la entrada principal.

La puerta estaba entreabierta. Normand se apeó e Iddura hizo lo mismo, sin necesidad

de ayuda.

—Parece desierta — observó ella.

—Podemos entrar... Ya saldrá alguien a recibimos.

—Sí, seguro.

Normand empujó la puerta y ambos se hallaron en una especie de vestíbulo relativamente pequeño y que no tenía más iluminación que la de la entrada. Había un par de cuadros de escaso valor a ambos lados, junto con dos incómodas banquetas forradas de terciopelo azul, ya descolorido por el paso de los tiempos.

A pesar de que la decoración no tenía nada de atractiva, Normand encontró algo que estaba fuera del conjunto. Era un gran farol de metal, de forma esférica, rodeado en su ecuador por una banda dorada, con cristales de varios colores, que iban del blanco al azul intenso. En aquel momento, Iddura divisó un interruptor y alargó la mano.

—Voy a llamar para que nos abran —dijo.

Apretó el botón y el farol se encendió en el acto, a la vez que empezaba a girar lentamente. Los cristales de colores, al pasar por delante de la lámpara interior, emitían vivos destellos polícromos, que incidían en las paredes sucesivamente.

—Este farol encaja aquí tan bien como una vela en una central nuclear —dijo el joven disgustadamente.

—Alguien tiene un peculiar sentido del humor —sonrió

Iddura. Y, en aquel momento, - la puerta interior se abrió y una mujer apareció bajo el dintel.

—¿Iddura D'Hiwi? —dijo.

—Sí, yo misma — contestó la aludida.

—Soy Thea Vilmor. Estaba esperándola señorita D'Hiwi. Pasen, por favor...

Normand procuró ocultar su asombro. Thea era una hermosa joven, de poco más de veinte años, alta, de silueta espigada y cabellos delicadamente rubios, peinados con dis-creción y buen gusto. Vestía un traje gris claro, con vivos de color azul muy pálido y ofrecía un aspecto realmente contrastante con la belleza exótica y ardiente de Iddura.

Thea se interrumpió de pronto, con la vista fija en el jo ven. Iddura se apresuró a dar explicaciones.

—Es mi chófer y guardaespaldas, señorita Vilmot. Me he permitido traerlo, por motivos que puede imaginarse fácilmente.

—Sí, lo supongo. Bien, de momento, estoy sola en la casa. Sólo dispongo de una sirvienta, que es además cocinera, y está en el pueblo haciendo compras —manifestó Thea—, Le enseñaré su habitación, señorita D'Hiwi, y también la de su... empleado.

¿Cómo ha dicho que se llama?
—Normand, Albert Normand —se presentó el joven.

Thea le dirigió una penetrante mirada y, durante unos segundos, Normand se sintió incómodo. Pero la muchacha no hizo el menor comentario, limitándose a indicarle que ya po día entrar el equipaje.

Minutos más tarde, Normand se hallaba instalado en una pequeña habitación, en la planta baja.

—Ha llegado la hora de que averigüe por qué esa bonita muchacha no ha pagado a mi tío —murmuró, mientras se lavaba las manos.

También tendría que averiguar muchas cosas. Thea esperaba a Iddura y ésta había ido a Farnclough House por algún motivo que aún no conocía. Todo llegaría sin duda, si sabía ser paciente, se dijo.

Quizá Iddura tenía alguna deuda con Thea y ésta aguardaba a la primera para cancelar la que, a su vez, tenía con sir Morgan. De pronto, pensó en otra posibilidad.

El padre de Thea había sido un notable explorador y científico. Una de sus últimas expediciones había viajado a algún remoto país del Pacífico Sur.

«Estos científicos, a veces, son como urracas y arramblan con objetos que para los nativos son de gran valor...»

La expedición de John Vilmot, ¿se había realizado en Waka-Wahoo?

Terminó de asearse y salió de su alojamiento. Llegó al vestíbulo y miró a todas partes. Estaba desierto y no se veía a nadie. Pero, de pronto, oyó voces.

Miró en la dirección de donde procedían los sonidos y vio una puerta entreabierta. Pisando de puntillas, se acercó allí y aguzó el oído.

Thea e Iddura conversaban en el salón. Como respuesta a una pregunta, la primera dijo:

—Le aseguro que no tengo la menor noticia del lugar en que puede hallarse lo que está buscando, Iddura.

* * *

Ya se trataban con la suficiente confianza como para llamarse por el nombre propio, pensó Normand. Y, casi en el mismo instante, Thea agregó:

—Nunca he sabido nada de esas piedras. Admito, sin embargo, que mi padre pudo traérselas, pero jamás lo mencionó a nadie, que yo sepa. Por supuesto, de haberlo sabido y, además, conocer su escondite, se las entregaría inmediatamente. No quiero nada que no me pertenezca con toda legalidad.

—Su padre robó esas piedras preciosas, de eso no hay duda alguna. Y se las llevó a Inglaterra. Es de suponer, por tanto, que las

piedras se encuentren aquí.

—¿Son muy valiosas? Iddura sonrió.

—Decir que esas piedras tienen valor es tanto como decirlo del cielo. Si, hablando en términos terrenales, pueden valer varios cientos de miles de libras o tal vez un millón, pero no es el valor material el que nos interesa. Son dos rubíes, grandes como huevos de paloma, y de una pureza excepcional. En Waka-Wahoo les llamamos Ojos de Fuego y servían de ornato para la estatua que representa nuestra divinidad. En confianza, yo no creo en esa divinidad, pero me gusta respetar las creencias ajenas y más si son inmemoriales en mi pueblo.

Había dicho «mi pueblo», con la dignidad y el orgullo de una reina, reparó Normand. Iddura, no cabía la menor duda, era una mujer de una pieza.

—Le diré una cosa —declaró Thea—, Estoy dispuesta a revolver la casa del tejado a los cimientos y, por supuesto, usted queda autorizada a moverse por donde le plazca, sin la menor restricción. Si encuentra las piedras, suyas son y yo no opondré la menor objeción a que se las lleve. ¿Le parece bien, Iddura?

—Temo que hablé de darle muchas molestias...

—No se preocupe. Lo hago en compensación por la acción nada honesta de mi padre, de cuyo comportamiento me siento profundamente avergonzada —dijo Thea.

—Usted no es culpable de nada, aunque le agradezco su interés por el asunto. Es posible, por tanto, que haya de permanecer algunos días en Farnclough...

—Todo el tiempo que guste, Iddura —manifestó Thea rápidamente —, Lo único que siento es no poder atenderla mejor. Mis asuntos económicos no marchan precisamente muy boyantes y sólo dispongo de una sirvienta, como le dije antes.

—Estoy acostumbrada a vivir sencillamente, sin los lujos y comodidades de que disfrutan en Inglaterra. Realmente, en Waka-Wahoo, las necesidades son mínimas, incluso de ropa.

—¿Van desnudos allí? —se asombró la muchacha.
—Oh, no, sólo... ligeros de ropa —sonrió Iddura.

Normand se imaginó a la hermosa isleña vestida sucintamente con un traje hecho de fibras, veladas apenas las esplén-didas formas de su cuerpo... Bailaría así a la luz de la luna, junto a la playa, con las palmeras como fondo y las olas rompiendo mansamente en la orilla...

La visión se borró rápidamente de su imaginación, cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. Apartándose rápidamente de su puesto de observación, procuró adoptar una actitud neutra ante la persona que llegaba a Farnclough House.

Era la sirvienta y hubo un breve intercambio de frases de cortesía Luego, Normand, discreto, se retiró a su habitación y se dispuso a esperar a que Iddura le llamase para darle alguna orden.

CAPITULO V

Al atardecer, llegó alguien más a la casa, aunque Normand no pudo verle. Iddura buscó una oportunidad y le dijo que esperaba verle en su habitación, cuando todos estuviesen durmiendo.

—Necesito hablar contigo. Es muy importante —añadió.
—Muy bien; iré cuando haya pasado la medianoche...

Llovía de nuevo. Al hacerse la oscuridad, llegó un coche, ocupado por un individuo regordete y de cara agria a quien recibió otro hombre al que Normand no había visto todavía

—La señorita Vilmot le recibirá en seguida —dijo el sujeto—. Si tiene la bondad de aguardar, señor...

—Angus Mac Rae —contestó el recién llegado—. Dígale que es muy urgente...

Normand lo oía todo desde su habitación. Asombrado, se preguntó cómo podían llegar los sonidos perfectamente a una estancia que, en apariencia se hallaba completamente separada del gran vestíbulo. Pero no tardó mucho en hallar la solución.

Había un cuadrito en una de las paredes y, al acercarse y apartarlo ligeramente a un lado, descubrió un diminuto orificio circular, al que aplicó de inmediato uno de los ojos. Entonces pudo ver a Thea, que salía por una puerta y se acercaba al recién llegado.

—Soy Thea Vilmot —se presentó la muchacha—. ¿A qué debo el honor, señor MacRae?
—He sabido que su padre está aquí...

—Lo siento. Mi padre murió hace casi un año. MacRae se quedó cortado.

—No lo sabía —murmuró afligidamente—. Le presento mis más sinceras condolencias, señorita Vilmot.
—Si puedo hacer algo por usted...

—Su padre me encargó un trabajo y no me lo pagó. Acordamos que cobraría dos mil libras. Caramba, es una suma que no puedo

permitirme el lujo de ignorar. A fin de cuen-tas, soy un artesano que vive de su trabajo, compréndalo.

—¿Qué clase de trabajo le encomendó mi padre, señor MacRae?

—La reproducción de dos piedras preciosas. Hice unos duplicados perfectos, y no lo digo tan sólo por los contornos, por una forma exactamente igual a la de los originales, sino por la pureza del vidrio coloreado que empleé en el trabajo. Se necesitaría ser un verdadero perito para conocer cuál de las piedras son las auténticas y cuáles las duplicadas.

—No tenía la menor idea de que mi padre le hubiese encargado una labor semejante. Y, sintiéndolo mucho, voy a darle una mala noticia; en estos momentos, carezco de fon-dos suficientes para cancelar esa deuda.

MacRae apretó los labios. Luego hizo un amplio ademán con el brazo.

—Si no puede pagarme en efectivo, puede cancelar la deuda por otro procedimiento. Aquí, en esta casa, hay objetos de valor...

—No puedo entregarle a usted ni una astilla. La casa es alquilada y no me pertenece.

—¡Pues yo no me iré de aquí sin cobrar, sea como sea! —vociferó MacRae

bruscamente—. He esperado demasiado tiempo y...
Alguien interrumpió al colérico sujeto, a la vez que le agarraba por el brazo.

—Vamos, amigo mío, no se excite —dijo conciliador, el hombre que le había recibido—

. La señorita Vilmot se encuentra actualmente en apuros, pero no ha rechazado de forma absoluta el pago de su deuda. Esta noche, estudiaremos ella y yo un método que resulte satisfactorio para ambas partes... Le aseguro que no quedará descontento de nosotros, señor MacRae. Mientras tanto, ¿me acompaña a tomar una copa? Por supuesto, hace un tiempo infernal, pero tenemos habitaciones de sobra y podrá quedarse a dormir aquí.

Los dos hombres pasaron por delante de Normand. Entonces, el joven sufrió una tremenda sorpresa, porque había reconocido al otro individuo.

Thea quedó en el vestíbulo, sumida, al parecer, en amargas meditaciones. Norman volvió a poner el cuadro en su sitio, preguntándose qué podía hacer Andrew Barston en aquella casa.

* * *

La puerta se abrió bruscamente y Normand se volvió en el acto. Un hombre entró, cerró cuidadosamente y luego miró al joven con la sonrisa en los labios.

—De todas las personas a las que hubiera soñado en ver aquí, usted, Albert, es la última, sin duda alguna —dijo el recién llegado.

—A mí me sucede lo mismo — contestó Normand sin pestañear—, Todavía no puedo explicarme qué hace en esta casa un hombre al que sir Morgan despidió por infiel... por no decir que lo despachó al considerarlo un ladrón.

Barston se encogió de hombros.

—Al viejo no le gustaban mis métodos de contabilidad, eso es todo — respondió fríamente.

—Unos métodos muy peculiares, todo hay que decirlo. ¿También hace lo mismo ahora en esta casa?

—Eso no le importa a usted, aunque debo decirle que me honro con la amistad y la confianza de la señorita Vilmot.

—Será porque no le conoce —replicó el joven ¡iónicamente.

Una vena se hinchó en la frente de Barston y empezó a latir con fuerza.

—Me están dando ganas de darle un buen puñetazo...

—No lo haga; saldría perdiendo. Escuche, no conozco a la señorita Vilmot, ni me importan las relaciones que pueda tener con usted. Pero no se meta conmigo; yo no le he hecho nada ni, por fortuna, me ha robado usted a mí un penique, así que cada uno haga lo suyo y deje a los demás en paz. ¿Está claro?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido a Farnclough?

—Iddura me contrató como su chófer y guardaespaldas, cuando yo no tenía trabajo. Era una buena proposición y no tenía por qué desdeñarla

—¿Sólo chófer y guardaespaldas? —preguntó Barston, burlón.

—¿Me envidia? —contestó Normand en el mismo tono.

—Es una mujer muy hermosa.

—Y absolutamente honesta.

—Si usted lo dice... Pero le voy a formular una advertencia Albert. No soy tonto y me huelo a qué ha venido usted aquí. No intente salirse de su papel o lo pasará mal.

—¿A qué se refiere usted?
—Es el sobrino preferido de sir Morgan...

—¿Yo? ¿El sobrino preferido? ¡Vamos, Andy, no me haga reír! Usted nos ha visto en más de una ocasión y siempre como el perro y el gato. Y sabe, además, que jamás le he pedido un chelín. Así que, por favor, retire ese calificativo, que no merezco en absoluto.

—Usted no me engaña. Conozco bien al viejo y sé que, en el fondo, le aprecia muy sinceramente, por ese espíritu de independencia y la falta de halagos que ha demostrado siempre. Tenga cuidado, se lo repito.

Normand adelantó la barbilla
—Andy, ¿a qué teme usted?

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Barston dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Estuvo a punto de salir, dando un portazo, pero logró contenerse y cerró sin hacer ruido.

Al quedarse solo, Normand encendió un cigarrillo. Había podido darse cuenta de que Barston se sentía preocupado y aprensivo por su estancia en Farnclough House, pero debía de haber algún motivo más para tal estado de ánimo y no conseguía ni siquiera imaginarse de qué se trataba.

Quizá luego, cuando hablase con Iddura, tal como ella le había propuesto...

Una cosa era segura: ahora ya sabía lo que buscaba Iddura. Pero ¿quería sir Morgan también aquellas dos valiosas gemas?
Y Barston, ¿también ambicionaba poseer los *Ojos de Fuego?*

Thea había afirmado ignorar dónde estaban, y se sentía inclinado a creer a la muchacha. Pero, en tal caso, ¿quién y dónde había escondido los famosos rubíes?

* * *

Habían transcurrido un par de horas y nadie daba señales de vida en

la casa. Normand empezó a impacientarse. Iddura no aparecía y empezó a pensar en la conveniencia de ir a su habitación.

Aguardó casi una hora más y, en vista de que la joven seguía sin aparecer, salió de su dormitorio y emprendió la ascensión al primer piso.
Iddura se alojaba en alguno de los cuartos de huéspedes, no cabía duda.
—¿En cuál? — rezongó, disgustado.

Decidió correr el albur y abrió la primera puerta que tenía a mano. Al fondo, divisó un gran lecho y la figura de una mujer durmiendo plácidamente.
—Como un tronco — murmuró.

Cruzó el umbral, cerró a sus espaldas y avanzó a tientas hacia la cama Cuando sus rodillas tocaron el borde, se inclinó y rozó con las yemas de los dedos el desnudo hombro de la joven.

—Eh, estoy aquí —dijo en voz baja.
Ella se agitó un poco y luego hizo algo, que provocó ruido de sábanas removidas.

—Puede acostarse — dijo, sorprendentemente.

Normand se quedó sin respiración. Aquélla no era la voz de Iddura. ¿En dónde diablos se había metido?

—Vamos —añadió ella—, ¿Es que no quiere humillarme una vez más? Acuéstese, disfrute, pero ya sabe que sólo encontrará una estatua...

El joven carraspeó.

—Perdone, creo que me he equivocado de habitación.

Sonó un ligero chillido de susto. La luz se encendió, a la vez que Thea se sentaba de golpe en la cama, sin el menor velo que cubriese su hermoso pecho. Pero, al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que estaba desnuda y se cubrió con el embozo de la cama

—¿Qué hace usted aquí? — exclamó, irritada.

Normand decidió que lo más prudente era emprender una discreta retirada.

—Le ruego me disculpe... Yo no quería asustarla... Me... me equivoqué de cuarto...

Thea frunció el ceño.

—Si no tengo mal entendido, usted ocupa uno en la planta baja.

—Sí, señorita, pero... es que...

—No siga buscando excusas inadmisibles. Sé que es usted el sobrino de sir Morgan y que el viejo lo ha enviado aquí con sabe Dios qué ocultos designios, cono una especie de espía, que le tenga puntualmente informado de todo lo que pasa en esta casa.

—Temo que se equivoca, señorita Vilmot Ciertamente, soy sobrino de sir Morgan, pero el hecho de que me encuentre actualmente en Farnclough House es solamente una asom-brosa coincidencia Fui contratado por Iddura y no sabía siquiera que ella se dirigía aquí, hasta que llegamos a Barshamore.

—Sir Morgan es inmensamente rico. ¿Por qué habría de aceptar usted un puesto tan humilde?

—Soy tan independiente como rico es mi tío, y no quiero aceptar tutelas que considero humillantes —respondió el joven—. De todos modos, no se preocupe por mí; aunque he oído algunas frases que no eran, evidentemente, dirigidas a mi modesta persona, puede tener la seguridad de que no las repetiré a nadie.

Thea enrojeció vivamente.

—No sé de qué me está hablando. Quizá oyó algo que yo decía en sueños. Pero no sé a qué se refiere...
«Quiere salvar la cara con esa mentira», pensó el joven.

—Sí, tal vez —sonrió, mientras retrocedía hacia la puerta—. En todo caso, le ruego una vez más me perdone. Buenas noches...

—Si busca la habitación de Iddura, está al final del corredor, a la izquierda —indicó Thea con cierto sarcasmo en la voz.

—Muchas gracias, pero no será necesario.

Normand salió al corredor y, aunque no hacía precisamente calor, se abanicó con una mano.
—Uf, qué mal rato he pasado — masculló.

Se había equivocado de dormitorio, pero lo bueno era que Thea aguardaba a alguien. Y no lo hacía por gusto precisamente.
¿Quién la forzaba a lo que ella había llamado humillación?
En la casa no había otro hombre que Barston. Bueno, también estaba Jones, pero éste no

parecía de la clase de individuo que accediera a cancelar una deuda de dos mil libras a cambio de gozar de los encantos de una mujer, por muy hermosa que fuera.

«En el Soho tendrá todas las que quiera, por un puñado de chelines», calculó. Y luego, de pronto, volvió a recordar a Iddura.

Rehecho, avanzó hacia el dormitorio de la joven isleña. Llegó a la puerta, la abrió y se coló sin más.

Puesto que ahora ya no necesitaba guardar el secreto, encendió la luz. Iddura estaba en la cama y, según parecía, dormida profundamente.
—Como un leño —dijo, irónico.

Un brazo de Iddura asomaba fuera del embozo. Debía de estar desnuda bajo las sábanas, supuso.
El camisón, por lo visto, es una prenda proscrita por las mujeres de esta casa.

Lentamente, se acercó al lecho y tocó el brazo de la joven.
—Eh, despierta...

Iddura no se movió. De pronto, Normand se llevó un susto terrible.

—¡Está muerta!

Sin embargo, pronto apreció que Iddura respiraba con regularidad. Entonces vio un vaso de leche en la mesilla, en el que aún quedaban algunos restos, y empezó a sospechar la verdad.

Agarró el vaso, vertió unas gotas de leche en la palma de la mano y probó con la punta de la lengua. Un leve sabor amargo llegó muy pronto a sus papilas gustativas.
—Narcotizada —diagnosticó.

Era extraño, se dijo, que Iddura no hubiese percibido el sabor del narcótico, aunque no más probable era que hubiese bebido la leche de golpe, entelándose demasiado tarde o quizá, preocupada con sus asuntos, no había reparado en el detalle. Como fuese, iba a dormir un buen rato, pensó, en el momento que, sin advertirlo, se abría muy despacio la puerta del dormitorio.

CAPITULO VI

Súbitamente, Normand presintió la proximidad de otra persona en la estancia Un escalofrío recorrió su cuerpo, de la cabeza a los pies. Alguien le iba a atacar ahora y...

Se volvió con brusquedad, a la vez que levantaba el brazo derecho, disponiéndose a golpear para defenderse atacando, pero contuvo el gesto en el mismo instante, al ver que la recién llegada no parecía abrigar intenciones hostiles.

—Cuidado —dijo Thea con acento irónico—. Soy una débil mujer y, además, desarmada.

—¿Ha venido a disfrutar con un bonito espectáculo? A los hombres aficionados a mirar se les llama de determinada manera, pero el vicio de contemplar ocultos ciertas escenas no es privativo del sexo masculino.

Thea se enderezó, enojada.
—No he venido a ver porquerías — contestó.

—La mayoría de la gente piensa lo contrario —rió el joven—. Bien, ya ha visto lo que hay, esto es, nada. ¿Desea algo más?
—Le aconsejo que baje la voz; ella podría despertarse.

—No se preocupe; seguramente dormirá hasta la hora del desayuno. En este momento, ni un cañonazo disparado junto a su oreja podría despertarla
—¿Qué? —se asombró Thea—, ¿Qué insinúa, señor Normand?

—Puede llamarme Albert, señorita Vilmot; a fin de cuentas, soy un sirviente. Pero, volviendo a Iddura. Alguien la narcotizó y, si no me cree, pruebe los rastros de leche que han quedado en el vaso.

Thea, vestida ahora con bata y camisón, avanzó hacia la mesilla y realizó la prueba indicada. Luego se volvió hacia el joven.

—Se nota cierto sabor amargo... ¿Cómo no lo advirtió ella? Normand le explicó su teoría y añadió:

—Es probable que una parte del narcótico, más densa, quedase en el fondo del vaso, con los restos de leche que ella no bebió. Así, el sabor

de la droga quedaría más disimulado, pero, de todos modos, había la suficiente para sumirla en un sueño muy profundo, del que no despertará, insisto, hasta el amanecer o quizá más tarde.
—De acuerdo, pero ¿quién lo ha hecho?

—La pregunta correcta es: ¿Por qué? Thea se mordió los labios.

—El que lo hizo, debía de tener un poderoso motivo —supuso—. ¿No le parece a usted lo mismo?

—Indudablemente...
De pronto, Normand reparó en un armario que estaba abierto de par en par.

Encima de una mesa baja, había una maleta abierta. Las señales de registro eran inconfundibles.

—Ahí tiene usted la respuesta, señorita Vilmot. Iddura fue narcotizada por alguien que quería registrar a fondo su equipaje. Si encontró o no algo interesante, es cosa que de-bería preguntar al autor del hecho.

—¿Quién, en su opinión, Albert?
Normand la miró fijamente. Thea enrojeció hasta la raíz del cabello.

—No deseo seguir esta conversación —añadió ella secamente.
—A su gusto, señorita.

Normand se pellizcó el labio inferior. Thea accedía a recibir en su lecho a un hombre que no podía ser otro que Barston. Y sus expresiones, cuando había hablado, indicaban que se sentía forzada a aceptar aquellas vejaciones.

«Lo cual significa que Barston conoce algo que a ella puede perjudicarle enormemente y por eso cede a sus deseos. En resumen: chantaje», pensó.

De pronto, un ruido rompió el tenso silencio que se había producido en la estancia. Normand y Thea volvieron la cabeza instintivamente hacia la puerta.
—Ha sido abajo —dijo ella.
—Alguien quiere entrar —apuntó el joven.
—No. El que sea, sale; para entrar, tendría que haber llamado.

—¿Incluso Barston, quien, supongo, debe de tener llave de la casa?

Thea no contestó. De nuevo se oyeron unos ruidos extraños, no muy intensos, sin embargo, pero ahora en el exterior,
Normand se acercó a la ventana.
—Apague la luz — ordenó.

Thea obedeció de inmediato. La puerta exterior de la casa estaba abierta y por ella salía el resplandor multicolor del farol del zaguán. Dos hombres salieron de la casa, uno de ellos sostenido por el otro. El primero parecía borracho perdido y arrastraba los pies por el suelo.

El otro era Barston, quien llegó hasta un coche estacionado frente a la casa y abrió la portezuela, para arrojar en su interior el cuerpo desmayado de Angus MacRae. Luego Barston se sentó tras el volante, dio el contacto, encendió las luces del coche y arrancó inmediatamente.
—Se lo lleva —dijo Thea.
—MacRae ha bebido demasiado — opinó Normand.

—Seguramente. Barston no deseaba la presencia de ese individuo en Farnclough House.

—¿Y usted?
Ella se encogió de hombros.

—Me era indiferente —contestó.
—Vino a reclamar una deuda de dos mil libras.

—Yo no le debía absolutamente nada, Albert.
—Si usted lo dice... Bien, ¿dejamos que Iddura siga durmiendo plácidamente?

Thea echó a andar hacia la puerta. Normand la siguió y, cuando ya llegaban frente al dormitorio de la muchacha, dijo:

—No diré nada, pero usted no soñaba cuando invitó a un hombre a meterse en la cama con usted.

Ella le miró penetrantemente, pero no contestó. Abrió la puerta con brusquedad y desapareció en el interior de la estancia.
Normand lanzó un suspiro. Consultó la hora. Pasaban algunos minutos de la una.
—Es hora de echarse a dormir —dijo, entre bostezo y bostezo.

* * *

El tiempo parecía haber aclarado a la mañana siguiente, pero el cielo aparecía todavía gris y tristón. Normand se levantó y, tras el aseo conveniente, fue a la cocina a desayunar.

La cocinera estaba preparando un desayuno que había de ser servido en una habitación. Normand observó la abundancia de comida que había en la bandeja.

—El que se tome ese desayuno debe de tener un estómago sin fondo o poco menos — observó.
—Es para la señorita Thea —dijo la mujer.
—¡Caramba, sí que es una mujer con apetito! ¿Se lo come todo?

—Y deja los platos que casi no hace falta fregarlos. Pero no engorda, se lo aseguro; por mucho que coma, siempre mantiene la misma línea.

—Una mujer afortunada, no cabe duda —dijo el joven sonriendo. Barston entró en aquel momento.
—¿Está el desayuno de la señorita Thea? —preguntó.
—Ahí lo tiene —respondió la cocinera—. Se lo hubiera subido yo, pero tengo trabajo.

—No se preocupe, Sadie; yo mismo se lo serviré.

Barston salió de la cocina con la bandeja en las manos, ignorando por completo la presencia de Normand. El joven no se inmutó por aquel desdén que estimaba plenamente deliberado.

Un chirrido resonó en aquel momento. Sadie dirigió la mirada hacia el cuadro de habitaciones.

—Llama la forastera —dijo.

—Debe de pedir el desayuno —manifestó Normand—. Si me lo permite, yo mismo se lo llevaré.
—Gracias, así me evitará un trabajo.

Momentos después, Normand subía al primer piso con una bandeja en las manos. Había hecho que Sadie le pusiera un cacharro con cubitos de hielo, alegando ciertas costumbres exóticas del país de

Iddura. Sabía que la joven necesitaría reaccionar con algo más que agua del grifo.

Llamó a la puerta y abrió al oír la voz de Iddura. Ella, sentada en la cama, le miró desmadejadamente.
—¿Cómo vienes tú...?

—Estaba en la cocina cuando sonó tu llamada y pensé que te gustaría verme — contestó él.

—Comida... —dijo Iddura, haciendo un gesto de desagrado—. Sólo quiero una taza de café puro y bien cargado... No sé qué me pasa, pero tengo el estómago revuelto...
Normand envolvió el hielo en una servilleta y se la puso sobre la cabeza. Iddura respingó.
—¿Por qué...?

—No había bolsas de goma —dijo él—, Pero te conviene. Siéntate y tomarás el café. Sujeta el hielo con una mano.
Iddura obedeció sin cuidarse de cubrir su pecho. Al cabo de unos momentos empezó a

sentirse mejor.
Normand le quitó el hielo y lo llevó al baño. Luego se detuvo frente a la cama.

—Anoche te narcotizaron —dijo.
—Entonces... por eso tengo mareos y mal gusto de boca...

—Sí, suele suceder al despertar —convino él, sonriendo.
—Pero ¿cómo lo sabes? Si no has estado aquí...

—He estado y dormías como un tronco. Sospecho quién puso el narcótico en la leche y puedo asegurar que lo hizo para registrar tu equipaje sin temor a ser visto. Bueno, cuan-do te hayas vestido y estés repuesta del todo, miras a ver si te falta algo. Nos veremos más tarde.
Normand se encaminó hacia la puerta. Iddura le llamó de pronto.
—¡Albert!

El joven se volvió.
—¿Ocurre algo?

—Espera un momento... ¿Por qué crees que me narcotizaron? Pienso que hay algo más que el simple registro de un equipaje...

—Iddura, los *Ojos de Fuego* tienen mucho que ver con todo lo que pasa en Farnclough House.

—De modo que ya lo sabes... ¡Pero yo no te he dicho nada! Y no creo que ni Thea ni Barston se hayan confiado a un desconocido, como eres tú para ellos...
Normand sonrió sibilinamente.

—Mis ojos ven a través de las paredes y no hay sonido en esta casa que no llegue a mis oídos —contestó.

Abrió la puerta y salió, dejando a una hermosa joven sumida en el mayor desconcierto. Llegó a la planta baja y oyó ruido de tacones femeninos. Al mirar hacia arriba, divisó a Thea que iniciaba el descenso.

Ella se detuvo cuando estuvo a su nivel y le miró desdeñosamente. Normand no se inmutó.
—¿Ha desayunado bien, señorita Vilmot?
—¿Le importa mucho?

—Oh, nada. Era simple curiosidad; sólo quería saber cómo una chica

tan fina es capaz de meterse entre pecho y espalda un desayuno con el que dos fornidos camioneros ten-drían más que de sobra.

—Eso no es cuenta suya, Albert.

—¿Padece bulimia, acaso? Thea alzó las cejas.

—¿Bulimia? — repitió.

—Sí, hambre desaforada, deseos de comer a todas horas y en abundancia Pero usted tendría que estar como un tonel y tiene una figura escultural.

—Muchas gracias —contestó Thea irónicamente—. Simplemente, no engordo, por más que coma eso es todo. Con su permiso...

Thea se alejó y Normand quedó en el mismo sitio, apoyado en el arranque del pasamanos de la escalera, acariciándose la barbilla con aire pensativo. Al cabo de unos momentos, volvió a oír pasos.

Iddura se le acercó instantes después.
—No me falta nada, pero es evidente que me han registrado el equipaje —manifestó.

—Barston, sin duda alguna.
—Sí, ha tenido que ser él. No sé qué pensaba encontrar...

—Estás en mejores condiciones que yo para averiguarlo. Pero todo lo que sucede aquí está relacionado con los rubíes.

Y tú has venido a buscarlos. Iddura asintió.

—Sí, tienes razón. Pero aún hay más; algo en lo que no había reparado hasta ahora y que me permitirá recobrar lo que pertenece legítimamente al pueblo de Waka-Wahoo.

—¿Debo suponer —dijo Normand—, que ya sabes dónde están escondidos los rubíes? Iddura no tuvo tiempo de dar una respuesta. Fuera se oyó el ruido de un coche que frenaba bruscamente.

—Alguien viene —dijo Normand.

—Sí. Nos veremos más tarde y terminaré de contártelo todo. Y si la cosa sale bien, hoy mismo nos marcharemos de Farnclough House —manifestó ella a la vez que escapaba con cierta rapidez en dirección al salón.

Instantes más tarde, apareció Thea, justo en el momento en que alguien llamaba a la puerta. Normand decidió que lo más prudente era desaparecer de alií y se retiró a su cuarto.

Era un buen observatorio para ver sin ser visto.

CAPITULO VII

Bill Bruckner y la rubia entraron con cierto alboroto. Thea les recibió, verdaderamente sorprendida por la presencia de aquella pareja en la casa.
—Somos invitados de Andy Barston —dijo él, después de las oportunas presentaciones.

—Sí, Andy nos dijo que podíamos venir aquí cuando quisiéramos y, puesto que disponemos de unos días de vacaciones, se nos ocurrió pensar que podíamos pasarlos en compañía de un buen amigo —añadió la rubia con voz chillona.

Thea estaba desconcertada.
—Si de veras son amigos del señor Barston...

—No lo dude usted, encanto —respondió Bruckner—, Oiga, ¿no tendría por ahí una copa de coñac o algo por el estilo?

Thea respingó. Normand se sentía la mar de divertido, viéndola incapaz de reaccionar ante una situación ciertamente no esperada y, según parecía, menos deseada todavía
—Es un poco pronto para beber, ¿no creen? —dijo la muchacha, envaradamente.

—Perdone, señorita, pero no es que seamos unos «dipsómanos» inveterados, pero es que...

—Se dice dipsómanos, cariño —corrigió Bruckner—. Discúlpela señorita; pero es que, a veces, se le traban las palabras...
—Si quieren coñac, en el salón tienen todo el que deseen —dijo Thea secamente.

—Muchas gracias. La verdad es que hemos visto algo muy desagradable al venir hacia aquí. Con su permiso.

Bruckner y la rubia desaparecieron en el salón. Normand vio que Thea continuaba en el mismo sitio, inmóvil, sumida en profundas mediaciones, y decidió abandonar su ob-servatorio.

—Una pareja muy pintoresca, ¿no le parece?
Thea, sobresaltada, porque no había oído acercarse al joven, se volvió rápidamente.

—¿Los ha visto? —preguntó.
Normand hizo un gesto ambiguo.

—Sí, ya le dije que tengo ojos y oídos que ven y oyen a través de las paredes —contestó con displicencia—. Vaya amistades que tiene su amigo Barston, ¿eh?
—No creo que eso le interese a usted. Albert —fue la seca réplica de la muchacha.

—No, pero a usted á, y mucho. Recuerde: los *Ojos de Fuego* son el premio para alguien que los busca desesperadamente.
—Lo sabe todo —dijo Thea con sarcasmo—. ¿Fue por eso por lo que le envió sir Morgan?
—Ah, por lo visto, mi tío está enterado del asunto.

—Sufragó los gastos de la expedición de mi padre y quiere cobrarse lo que le prestó, de una forma o de otra.

—El total de la deuda asciende a catorce mil novecientas libras. Los rubíes valen casi cien veces más.
—No los tengo yo, ni sé dónde están, Albert.

—Es posible que sea sincera, pero, en todo caso, tenga cuidado. Aparte de la dueña, cuyos derechos no pueden ser puestos en duda, hay más personas que codician esas

piedras. Los Bruckner, por ejemplo, sin olvidar a Barston.
—¿Cómo sabe que los Bruckner...?

—He estado reflexionando. Cuando iba a venir aquí, leí una noticia en un periódico. El cadáver de un tal Happ Bruckner fue encontrado en el Támesis, con el vientre completa-mente abierto. La noticia añadía que el muerto tenía antecedentes como «especialista» en cajas fuertes.
—¿Hermano de Bill? —se asombró ella.

—Los apellidos coinciden. Y pienso que a Bruckner lo mató alguien para sacar... algo que se había tragado, abriéndole el estómago con un escalpelo. ¿Adivina qué se tragó Happ Bruckner?

Thea se sentía horrorizada, pero no tuvo tiempo de decir nada, porque los recién llegados salieron en aquel momento y, según parecía, bastante reconfortados.

—Ahora nos sentimos mejor —dijo el hombre—. La verdad es que vimos algo muy poco agradable.

—Además, era conocido nuestro, aunque no tenemos idea de lo que podía hacer por estos andurriales —agregó la rubia

—¿De qué están hablando? —preguntó Thea, intrigada.

—De un accidente de automóvil. El coche se salió de la carretera, a un par de millas de esta casa. Nosotros equivocamos el camino y por eso pudimos verlo todo, ya que el accidente se produjo en la carretera principal.

—El conductor se mató en el acto. ¡Pobre Angus MacRae! —se lamentó la mujer.

Thea oyó aquel nombre y sufrió un fuerte choque. Por su parte, Normand hizo un esfuerzo por mantenerse impasible.

Los dos cambiaron una silenciosa mirada. Normand apreció una terrible palidez en el rostro de Thea.

«Ella sabe, como yo, que la muerte de MacRae no se debe precisamente a un accidente de automóvil», pensó.
Quizá estaba muerto ya cuando salía de la casa, sostenido por su asesino.

—Está bien —dijo la muchacha al cabo—. Acomódense a su gusto,

por favor. No sé cuándo regresará el señor Barston, pero, mientras tanto, considérense en su propia casa.

Thea dio media vuelta y se marchó. Normand hizo una leve reverencia a la pareja, después de lo cual, regresó a su habitación, tratando de averiguar dónde estaban escondidos los rubíes. Pero como lo sabía Iddura, decidió aguardar a que ella le indicase el escondite.

—Tengo una enorme curiosidad por contemplar de cerca unas piedras que valen un millón de libras —murmuró.

* * *

Iddura descendió al vestíbulo y, durante unos momentos, permaneció indecisa, como si no supiera qué hacer. De pronto, oyó una voz cavernosa a sus espaldas:

—Soy el espíritu tutelar de Waha-Wahoo y te conmino a que devuelvas cuanto antes los rubíes que me robaron indignamente y sin los cuales no puedo ver los arcanos que en-cierra el futuro para los mortales. Busca pronto las piedras o mi venganza no tendrá

piedad de ti.

Iddura se estremeció. Luego, con la boca abierta por el asombro, miió a todas partes, como si esperase ver de un momento a otro el misterioso espíritu que le había hablado desde un lugar invisible.

Inesperadamente, oyó una risita burlona.

—Soy de carne y hueso, no un espíritu —añadió Normand—. Iddura, no mires hacia aquí. Tú no me puedes ver, pero yo sí te veo a ti.

—¡Albert! ¿Dónde estás? —preguntó ella, todavía atónita.

—No te preocupes. Antes dijiste que ya conocías el escondite de las piedras.

—Sí, es verdad. Hay una estatua de madera negra, que representa a la divinidad de Waka-Wahoo. Es una copia del original, traída por el profesor Wilmot.

—¿De veras?

—La copia es perfecta, aunque se nota fácilmente que no es la auténtica, porque la madera del original es de otra clase, mucho más ligera. Pero también tiene los *Ojos de Fuego.*

Unas copias, naturalmente.

—No, los auténticos. La estatua original quedó «ciega», por decirlo así.

—Comprendo. Sin embargo, me parece que tardaron mucho en darse cuenta del robo...

—El profesor dijo que en Londres le harían una copia de los rubíes. Fiados en su palabra, le dejamos obrar y no nos enteramos de que los *Ojos de Fuego* habían sido robados hasta pasado casi un mes. El lugar donde se halla la estatua sólo se abre con el plenilunio y únicamente desde la puesta del sol al amanecer.

—Entiendo. Eso le dio casi cuatro semanas de tiempo para largarse.

—Justamente. Pero ya he dado con las piedras.

—Están con la copia de la estatua... ¿Y la estatua?

—En la biblioteca, pero está constantemente cerrada con llave. Albert, no sé cómo entrar...

—¿Quieres dejarlo de mi cuenta, por favor?

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto. Una cosa: ¿sabes si esa cerradura tiene alarmas?
—No, no hay ninguna en la casa.

—Muy bien. Iré a buscarte pasada la medianoche. No tomes otra cosa que agua del grifo, ya me entiendes.
—De acuerdo. Pero ¿no puedo saber dónde estás ahora?

Normand soltó una risita y puso el cuadro en su sitio, sin responder a la pregunta de la joven. Luego se sentó en la cama y se puso a reflexionar sobre la mejor forma de abrir la puerta de la biblioteca.

De pronto, oyó voces en el vestíbulo.

Eran Bill Bruckner y la rubia, cuyo nombre, ya lo cono- da, era el de Verna Maston. Verna parecía muy impaciente por algún motivo.

—Te digo que debemos acabar cuanto antes y largarnos de esta casa lo más pronto posible —dijo—. Esto es un panteón, una tumba y sólo de pensar que tengo que dormir aquí, me entran escalofríos.

—Aguanta un poco, mujer —pidió Bruckner—, Este es un asunto que nos puede proporcionar una cantidad increíble de «pasta». Procura dominar los nervios y, en el peor de los casos, piensa que tengo una buena pistola.

—También la tenía tu hermano y ya ves lo que le pasó...

—El jamás llevó un arma encima. Decía que tenía diez naturales y le sobraba toda la razón del mundo.
—¿Diez armas? —se extrañó Verna.
—Las yemas de los dedos, mujer...

—Sí, le fueron de mucha utilidad —comentó la rubia sarcásticamente.

—Nena, a veces la vista de una pistola calma los peores ímpetus —dijo Bruckner sentenciosamente—. Repito que no debes temer nada; si me huelo que las cosas se ponen feas...

La pareja se alejó y sus voces se perdieron en dirección al salón. Normand se preguntó con qué intenciones habían venido a la casa, aunque, por otra parte, era fácil imaginarlo. Los rubíes tenían mucho que ver con la estancia de los dos en Farnclough House.

—Es curioso —murmuró—. Diñase que todos los buscan y que nadie sabe dónde están... excepto la propietaria Bueno —se corrigió—, la que dice ser su propietaria.

Pero tampoco había por qué dudar de la palabra de Iddura. Y su tío Morgan, ¿por qué quería los *Ojos de Fuego?* ¿Sólo por cobrarse una deuda o por el simple placer de tenerlos a la vista constantemente?

—Coleccionista de piedras preciosas no es, de modo que lo único que quiere es poseer los rubíes —concluyó así sus meditaciones.

* * *

Estaba preparado y se había procurado un destornillador, con el que pensaba abrir la puerta constantemente cerrada de la biblioteca. Después de cenar, se quedó en su habitación, siempre cerca del orificio de observación, a fin de captar los menores sonidos y ver a cualquiera que pudiera moverse por el vestíbulo.

Thea fue una de las primeras en retirarse, a una hora relativamente temprana, aunque Barston la siguió de inmediato. Los dos se detuvieron frente al agujero y Normand pudo ver al hombre que agarraba a la muchacha y le decía algo al oído, tan bajo, que no pudo captar los sonidos de sus palabras.

Sin embargo, apreció un claro gesto de desagrado en el hermoso rostro de la muchacha. Ella pareció protestar, pero Barston la sacudió con fuerza por un brazo y entonces, resignada, Thea hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Normand se sintió poseído por una viva cólera. Era fácil adivinar lo que había dicho Barston. Y, en aquel mismo instante, se propuso aguar la fiesta a tan desagradable sujeto.

Durante unos segundos pensó en el mejor medio de conseguir sus propósitos. De pronto, se le ocurrió una idea que casi le hizo reír. Podía fracasar, pero confiaba en el éxito. Barston tendría que moverse silenciosamente y...

Había algunas habitaciones vacías en el primer piso y Normand, cuando todo estuvo en silencio, buscó una de ellas y se apostó allí, dejando la puerta entreabierta a fin de obser-

var todo lo que sucedía en el corredor. Alrededor de las once, Barston salió de su dormitorio y se dirigió al de Thea.

El sujeto vestía solamente una bata corta y, tal como había supuesto Normand, iba completamente descalzo. Los dos dormitorios estaban muy próximos, lo que favorecía las acciones de Barston. Pero éste, pensó el joven, no se esperaba la sorpresa que iba a recibir.

Caminando con absoluto silencio, Barston llegó frente a la puerta de la alcoba de Thea y, en el mismo instante, dio un tremendo salto, a la vez que lanzaba un seco aullido. Luego empezó a saltar a la pata coja, agarrándose el pie derecho con las dos manos, pero un segundo después, profirió un segundo chillido y dio otro enorme salto.

Las voces de Barston provocaron el escándalo consiguiente. Se oyeron ruidos en las otras habitaciones. Barston se dio cuenta de que iba a ser descubierto y, cojeando aparatosamente, emprendió una prudente retirada hacia su dormitorio, antes de que nadie pudiera verle.

Una puerta se abrió y Bruckner asomó, con una pistola en la mano, pero, al no ver a nadie en el pasillo, se retiró inmediatamente. Iddura abrió ligeramente su puerta y, al no ver tampoco a nadie, se retiró de inmediato.

Normand esperó un poco, aunque no demasiado, apenas cinco minutos. Entonces abandonó su escondite y corrió hacia el dormitorio de Barston.

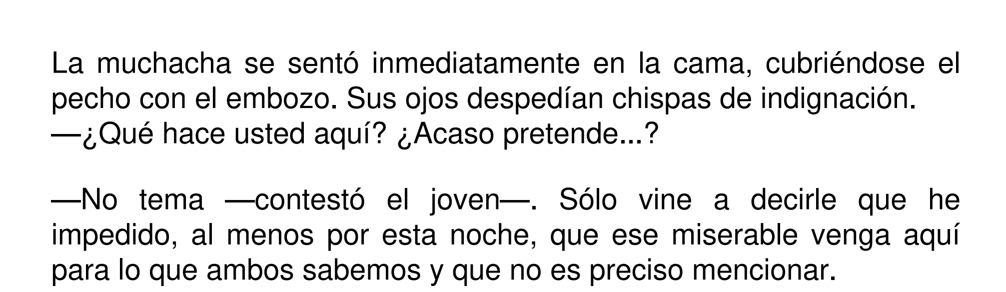
Las puertas eran de doble hoja, con sendos pomos. Normand sacó un trozo de alambre que había llevado a prevención y sujetó los dos pomos, con lo que el ocupante de aquel dormitorio ya no podría salir, mientras él no lo permitiera. Luego se encaminó hacia la habitación de Thea y, durante unos momentos, se entregó a la tarea de recoger unos diminutos objetos que había en el suelo, frente a la puerta.

Al terminar, abrió y se coló silenciosamente. La voz de Thea sonó en la oscuridad de la estancia.

—¿Barston?

—Normand — contestó el joven, a la vez que encendía la luz.

CAPITULO VIII



La muchacha se sentó inmediatamente en la cama, cubriéndose el pecho con el embozo. Sus ojos despedían chispas de indignación.
—¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso pretende...?

—No tema —contestó el joven—. Sólo vine a decirle que he impedido, al menos por esta noche, que ese miserable venga aquí para lo que ambos sabemos y que no es preciso mencionar.

—¿Le importa a usted mucho? —preguntó Thea, con las mejillas encamadas por la vergüenza que sentía.

—En cierto modo, sí, porque usted es una chica encantadora y no tiene por qué acceder a los que, supongo, le resultarán repulsivos contactos con Barston. Eso no es, ciertamen-te, de mi incumbencia, aunque me he permitido evitarlo por dos motivos: uno, no me gusta en absoluto lo que se ve obligada a hacer y otro... ¿Por qué diablos lo hace?

—Eso no es cuenta suya...

—Según se mire, porque yo estoy aquí para averiguar por qué no paga usted la renta de la casa desde hace casi un año.
Y no hablemos ya de la deuda que dejó su padre al morir.

—Pagaré en cuanto me sea posible...

—¿Cuando haya encontrado los *Ojos de Fuego?* Thea sacudió la cabeza y luego la bajó.

—La verdad es que acordé devolverlos a su dueña, si los encontraba —respondió—. Pero, sinceramente, no tengo con qué pagar a su tía Si quiere, puede echarme de aquí...

—Eso es algo que se puede discutir más adelante, Thea.

Perdona el tratamiento, pero, puesto que ya conoces mi identidad, no hay motivos para las ceremonias, al menos mientras estemos solos.
—Lo siento, Albert, no puedo decirte nada.
—Pero Barston viene a visitarte con frecuencia.

—¡No! —respondió ella vivamente—. Viene muy poco... No sé por

qué será, pero...

Thea se mordió los labios, como si no se atreviera a continuar. Normand alzó las cejas.

—Vamos, vamos, sigue, no te pares. Los dos tenemos ya edad suficiente para hablar con claridad de ciertos temas. ¿Acaso Barston no te encuentra bastante bonita?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Yo creo que viene más bien por el hecho de demostrar que... que me tiene dominada, que por otros motivos... Pero es... ¿cómo le dina yo? No se me ocurre ningún calificativo, Albert.

—¿Impotente?

Thea volvió a ponerse colorada, pero no dijo nada. Normand meneó la cabeza con gesto de pesar.

—Si es cierto, hay para compadecerle en cierto sentido, aunque la verdad es que su comportamiento es innoble. Pero he podido adivinar que, si tiene dominio sobre ti, es por cierta causa que desconozco y que es lo suficientemente poderosa para que te veas obligada a recibirle en tu habitación. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—No, no... No puedo... Lo siento muchísimo, pero me es imposible...

Normand se dio cuenta de que la muchacha sentía un vivísimo terror a confesar la verdad y decidió darle más tiempo, a fin de que un día se sintiera con más ánimos para hablar.

—Tienes un grave problema y quiero ayudarte —dijo—. Confia en mí, más que en Barston, por supuesto. —Sonriendo, añadió—: La verdad es que he empezado a ayudarte.

Abrió la palma de la mano izquierda y enseñó el puñado de chinchetas que había esparcido por delante de la puerta. Ella las vio y abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Lo has hecho tú?
Normand asintió.
—Se me revolvían las tripas sólo de pensar que ese miserable podía venir aquí a...
Bueno, no es preciso mencionarlo. Supuse que, para no hacer ruido, vendría descalzo y...

Una clara sonrisa apareció en el rostro de la muchacha, transformando su expresión por completo.
—Pero puede venir más tarde...

—Esta noche, no — contestó él con firmeza, pensando en el alambre que impedía abrir la puerta desde el interior.
—Mañana...
—Mañana prepararé otra trampa y ya te diré cuál es en su momento.

Normand no quiso prolongar su estancia por más tiempo en el dormitorio y, tras dejar las chinchetas encima de una consola, regresó a su alcoba. Algo había adelantado, se dijo, aunque no hubiera conseguido conocer todavía el secreto que tanto acongojaba a Thea.
Acabaría por saberlo, se dijo finalmente.

* * *

Lentamente, sin hacer el menor ruido, Iddura descendió a la planta baja, pasada la medianoche. Normand se dio cuenta de que ella iba vestida solamente con aquel camisón transparente con que ya la había visto en una ocasión. Inmediatamente se imaginó lo que podía suceder después.

La prenda ocultaba muy poco de los innegables encantos de aquel hermoso cuerpo. Ella le dirigió una intensa mirada, con una sonrisa cuyo significado no era difícil de adivinar.

—Tenemos trabajo —dijo él.
—Sí —convino Iddura.

Normand se acercó a la puerta de la biblioteca y empezó a manipular en la cerradura. Momentos después, la puerta quedaba abierta.
—Luego tendrás que hacer la maniobra inversa —dijo la joven.
—Por supuesto.

Primero entraron y después, Normand buscó el interruptor de la luz. Entonces, Iddura lanzó una exclamación:
—¡Allí, Albert!

Iddura tenía el brazo extendido en determinada dirección. Normand dirigió su mirada hacia el lugar que ella le señalaba y vio una estatua de color negro, situada casi en el fondo de la biblioteca.

La luz no era muy intensa, ya que sólo se había encendido una lámpara junto a la entrada. Normand apreció la bárbara belleza de la estatua, que parecía más bien un

fantasma negro al hallarse en una zona penumbrosa de la estancia

La biblioteca era bastante grande y había cerca de diez metros de la puerta a la pared opuesta. En el centro se veía una enorme chimenea, con repisa de piedra, que casi parecía una puerta que diese a otra habitación. Al cabo de unos segundos, Iddura echó a andar y Normand la siguió en el acto.

De pronto, Iddura lanzó un grito de desesperación:
—¡No están! ¡Los *Ojos de Fuego* han desaparecido!

Normand contempló atónito la estatua, cuyas cuencas oculares aparecían negras, sin la menor señal de las piedras que habían representado sus pupilas. La falta de los rubíes era patente y se sintió desconcertado.

Durante unos momentos, Iddura pareció al borde de un ataque de furia indescriptible. Luego empezó a calmarse.

—Los han robado... ¡Malditos, malditos...! —dijo, cuando al fin pudo hablar.

—Robados están desde un principio. Lo que importa ahora es saber dónde están, casi más que la identidad de la persona que se los llevó.
—Lo hizo el profesor, no lo dudes, Albert.

—Sí, pero ¿dónde los escondió? Además, ¿no se hicieron unas copias de los originales?

—Sin duda, eran para sustituirlos en la estatua, de modo que pareciera absolutamente idéntica al original. Pero también las copias han desaparecido.

Normand pensó entonces en Happ Bruckner. Este había robado las piedras preciosas y, sin duda, se las había tragado, pero alguien le había sorprendido y para no aguardar a su expulsión del cuerpo por vía natural, le había abierto el estómago.

Los duplicados estaban ahora en poder del asesino, pero... ¿quién era?

Iddura permanecía inmóvil, silenciosa, contemplando la estatua como si esperase que ella le hablase. Al cabo de unos momentos, Normand le tocó en el brazo.
—Tenemos que irnos —dijo a media voz.
—Si Kattoon estuviese aquí... —murmuró Iddura.

—¿Quién es Kattoon?

—Un hombre al que yo apreciaba enormemente. Cuando descubrimos la falta de los *Ojos de Fuego,* él se brindó a venir a Inglaterra para recuperarlos, pero pasaron las sema-nas y los meses, y dejamos de tener noticias suyas. Sospecho que fue asesinado.
—Para no entregar las piedras...
Ella asintió.

—Tuvo que hacerlo el profesor, no me cabe la menor duda. Pero ahora está muerto también —dijo.

Aquellas palabras hicieron pensar mucho al joven. Pero, sin embargo, no dijo nada sobre el particular.
—Iddura, tenemos que marcharnos — insistió.
—Sí, Albert.

En aquel momento se oyó un extraño sonido, una especie de ulular de alguna bestia desconocida, que no se confesaba ciertamente en la estancia Iddura, asustada, pegó su cuerpo junto al de Normand.

—¿Qué es eso? —dijo aterrada.

El sonido se prolongó todavía durante unos momentos y luego se acalló. A Normand le pareció una voz humana, la voz de un hombre sometido a un espantoso tormento, pero, si era así, estaba tan horriblemente deformada, que no se podía asegurar que había salido de la garganta de una persona.

Volvió el silencio. Iddura estaba muy pálida.
—Albert, ¿qué sucede en esta casa? — preguntó.

Normand apretó los labios. El sonido, aunque no lo hubiera podido precisar con toda exactitud, parecía proceder de la chimenea. Pero ésta se hallaba completamente limpia y no había nadie en su interior, como comprobó instantes más tarde, al meterse dentro y alumbrar con un fósforo el cañón que empezaba a un par de metros del suelo del hogar.

La chimenea, sin duda, había sido modernizada en una época relativamente cercana, ya que la pared primitiva, de ladrillos refractarios, había sido sustituida por una gruesa plancha de metal, que reflejaría enormes cantidades de calor, al arder los troncos en el hogar.

—Esta es una casa antigua y tiene demasiados recovecos — masculló.
Fuera continuaba lloviendo y ahora, además, se percibían algunas rachas de viento.

—Ha sido un golpe de aire —dijo—. Entró por algún hueco y produjo ese extraño sonido. No hay motivos para alarmarse, Iddura. Sencillamente no hay fantasmas.

Pero, en el fondo, no estaba muy convencido de lo que decía. Alguien había gritado horriblemente.
¿Torturado?
¿Quién?

¿Dónde?

Agarró a la joven por un brazo y tiró de ella. Después de reparar la cerradura, se volvió hacia Iddura.

—Creo que me conviene dormir un rato —dijo.
Ella le miró con ojos húmedos y suplicantes. Normand hizo un gesto significativo.

—En estos momentos, me siento muy desanimado —manifestó. Ella trató de sonreír.
—Hay tiempo de sobra, Albert.
—Sí, desde luego.

Normand se encerró en su alcoba. Estaba un poco nervioso y, para tranquilizarse, tomó un par de tragos de la botella que Sadie le había llevado por la mañana. Luego se metió en la cama y procuró relajarse. Minutos después, dormía como un tronco.

* * *

En el primer piso, una puerta se abrió silenciosamente y un hombre asomó la cabeza para explorar el pasillo.
—No hay nadie —susurró—. Vamos.

Bruckner salió del dormitorio y Verna le siguió instantes después. La rubia se sentía terriblemente aprensiva.
—Bill, tengo un miedo espantoso...

—No seas tonta. Es cuestión de unos pocos minutos tan sólo. Después, volveremos al dormitorio y, en cuanto se haga de día, alzamos el vuelo y se acabó. Vamos, no perdamos más tiempo.

Verna se dejó llevar y descendió a la planta baja con Bruckner. Este llegó a la biblioteca y se puso a manipular en la cerradura de la puerta.
—¿Seguro que están aquí, Bill? —preguntó Verna, temerosamente.

—No pueden estar en otro sitio. Happ me habló muchas veces del profesor y de sus manías. ¿No te das cuenta de que la puerta está cerrada con llave? ¿Por qué tendría que estar abierta, si no se guardase aquí algo de enorme valor?
—Pero el profesor murió hace casi un año —arguyó Verna.

—¿Y qué? Está la hija y ese hombre que es su secretario o algo por el estilo... —Bruckner soltó una risita—. Creo que también es su fulano —añadió sarcásticamente.

Al cabo de unos momentos, consiguió abrir. Luego se coló en la biblioteca y cerró apenas Verna hubo cruzado el umbral. A continuación, encendió la luz.
Había varios interruptores y los tocó todos. La estatua quedó brillantemente iluminada.

—Allí están... —dijo, mientras corría en aquella dirección, pero se calló a los pocos instantes, al ver vacías las cuencas de los ojos.

Bruckner se quedó parado a un par de pasos de la estatua con el furor reflejado en su rostro. Una obscena maldición brotó de sus labios, cuando se sintió con fuerzas para hablar.

—El maldito hijo de perra que los robó...

—MacRae hizo las copias para el profesor, pero éste, a lo que parece, no tuvo tiempo de colocarlas en su sitio. Y ahora no tenemos ni copias ni originales —dijo Verna.

Bruckner volvió a maldecir hasta que le faltó el aliento. Verna hizo una mueca de desagrado.
—En resumen, hemos perdido el tiempo —exclamó desdeñosamente.

—Aguarda, no te precipites. Aquí hay muchas cosas valiosas y algo podremos conseguir. Maldita sea, el mejor asunto de mi vida... ¡Verna, empieza a registrarlo todo! Hemos traído una bolsa; echa dentro todo lo que te parezca de valor. Vamos, rápido.

La rubia se puso en movimiento. Había una vitrina llena de objetos diversos, todos ellos exóticos, y la abrió para dar comienzo al saqueo. Uno de los objetos era un medallón con una piedra azul bastante grande, engarzada en oro. Era el trabajo de algún ignorado artífice de un país remoto y Verna pensó que, aunque la piedra no era un zafiro

precisamente, había bastante oro y algo sacarían de la joya.

Bruckner, por su parte, registraba los cajones de una mesa de lectura. De pronto, vio los cuadros que colgaban de las paredes y concibió una idea.

—Son bastante buenos. Si cortase las telas y las enrollase...

Hurgó en sus bolsillos y encontró una navaja, que desplegó de inmediato. En aquel momento, un horrible sonido invadió la estancia

El alarido puso los pelos de punta a la rubia. Tenía en las manos una cosa hecha de una sustancia mineral parecida al ónice, y se le cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

Asustada, corrió hacia Bruckner y se le abrazó fuertemente.

—Bill, vayámonos ahora mismo..., antes de que sea tarde... Esta casa me pone nerviosa...

Bruckner procuró desasirse de la mujer.

—No hay fantasmas —gruñó—. Los fantasmas sólo existen en la imaginación de los tontos... o de los listos que se lo hacen creer a los tontos. Ese sonido era el grito de un hombre torturado.

—¿Un hombre torturado? —Verna sintió que crecía su pánico—. Debe de sufrir espantosamente...

El alarido se repitió. Ahora, Bruckner había creído localizar su origen y se acercó cautelosamente a la chimenea.

—El grito ha salido de aquí —dijo—. Oye, Verna, esa plancha de metal parece una puerta...

Alargando las manos, empezó a pasear las yemas de los dedos por los bordes de la plancha de hierro. De repente, tropezó con una leve protuberancia y presionó a fondo.

La plancha se descorrió silenciosamente a un lado, dejando a la vista un negro hueco que daba a alguna parte que no podían ver. Verna emitió un gritito de asombro.

—Una puerta secreta —dijo.

—Exactamente. Y quizá da al escondite de los rubíes... Voy a investigar...

Bruckner metió medio cuerpo por la abertura y miró hacia abajo. Verna, inclinada, con la cabeza dentro de la chimenea, aguardaba expectantemente.

De pronto, sintió que la empujaban con terrible potencia Chilló, mientras su cabeza chocaba contra los riñones de Bruckner.

El hombre, pillado por sorpresa, se precipitó a través del hueco. Verna intentó recobrar el equilibrio, pero unas manos poderosas la agarraron por la cintura y empujaron con fuerza irresistible hacia adelante.

Verna chilló mientras caía, pero el descenso, en la oscuridad, duró muy poco. Su cabeza chocó contra algo duro y perdió el conocimiento instantáneamente.

Una sonrisa de infinita perversidad apareció en las facciones del autor de los dos empujones. Accionó el mecanismo de cierre de la puerta secreta y luego se encaminó hacia la salida de la biblioteca.

«Vamos a terminar la labor», dijo para sí, con siniestro acento.

CAPITULO IX

Durante todo el día siguiente, Normand no hizo otra cosa que haraganear, de un lado para otro, con ocasionales salidas al exterior, ya que el tiempo había mejorado y no llovía. En ningún momento dejó de pensar en el escondite de los *Ojos de Fuego,* un lugar tan secreto, que no se le ocurría cuál podía ser.

Quienquiera que fuese el autor, resultaba evidente que había sabido esconder las piedras. Si lo había hecho el padre de Thea, no cabía duda de que había sabido actuar con suma inteligencia.

Pero ¿por qué ordenar los duplicados de las piedras? ¿Acaso temía que los auténticos dueños vinieran a recuperarlas y deseaba, en tal caso, que se llevasen unas falsificaciones.

Los Bruckner se habían marchado, eso fue lo que le dijo Sadie, la cocinera, durante el desayuno. Normand no le dio mayor importancia al incidente. Era evidente que también habían venido en busca de las piedras, marchándose sin conseguir su objetivo.

«Aunque también tendría gracia que hubieran sabido encontrarlas y se las hayan llevado», se dijo disgustadamente.

A Iddura la había visto yendo y viniendo por los rincones de la casa. La joven buscaba los rubíes desesperadamente, pero llegó la tarde y le confesó que no había hallado siquiera un indicio que le permitiera conocer su paradero. Así llegó la noche, pero, tras la cena, Normand se quedó un rato en la cocina, mientras se fumaba un cigarrillo.

Sadie iba y venía, arreglándolo todo. De pronto, Normand le hizo una pregunta:

—Sadie, ¿conoció usted al profesor?

—Por supuesto. Llevo mucho tiempo con la familia. Cuando ellos decidieron venir aquí, yo también me vine.

—Entonces, estaba aquí cuando murió el profesor.

—Desde luego, aunque no lo vi muerto.

—¿Cómo es eso, Sadie?

—Yo había ido unos días a casa de una hermana que tengo en Edimburgo. A la vuelta me enteré de la triste noticia.

—Ah, comprendo... ¿Estaba ya el señor Barston en la casa?
—No, aunque venía con mucha frecuencia. Prácticamente, todos los fines de semana.

—Y, seguramente, fiie en uno de esos fines de semana cuando ocurrió la desgracia

—En efecto. La señorita Thea se quedó muy afectada, como puede comprender. Fue algo totalmente inesperado...
—Una enfermedad rápida.

—Un ataque al corazón, señor.
—Sadie, ¿sabe usted qué hacía el señor Barston aquí durante los fines de semana?

—Bueno, creo que pasaba las cuentas del profesor... Además, tengo entendido que había asuntos comunes entre los dos... No lo sé con exactitud, ni tampoco me importó demasiado.

—Comprendo. Pero, imagino, el señor Barston tenía también otros motivos para venir a Farnclough House.
—No sé qué motivos...

—La señorita Thea. Sadie apretó los labios.

—No comprendo cómo una muchacha de su clase aceptaba los galanteos del señor

Barston. Pudiendo elegir entre tantos jóvenes de su estilo...
—Por lo visto, Barston la corteja.

—En confianza, señor Normand, ese tipo no me ha gustado jamás. Si estuviera en mi mano, le haría salir inmediatamente de esta casa —dijo Sadie con acento de resen-timiento.

—Entonces, ¿por qué no se lo ordena la señorita Thea? La cocinera se encogió de hombros.

—No puedo explicármelo, de verdad. Resulta incomprensible para mí, se lo digo sinceramente — respondió.
—Quizá es que no puede ordenarle que se vaya —apuntó Normand maliciosamente.

—¿Por qué? ¿Qué se lo impide? A fin de cuentas, ella es la inquilina y la casa es suya mientras resida aquí. Pero yo diría que Barston la tiene dominada...

—¿Hipnotizada? —sonrió el joven.

—Si no lo está, lo parece. Yo le he hablado a ella más de una vez y nunca ha querido darme explicaciones. A veces, pienso que le tiene miedo.
—¿Usted cree?

Sadie lanzó una exclamación de rabia.
—Algún día le pondré matarratas en la sopa...

—No lo haga; la condenarían a cadena perpetua —dijo Normand—, Y no se preocupe; todo se arreglará al fin.

—Aquí nada se arreglará mientras ese hombre permanezca en la casa —manifestó Sadie con claro acento hostil hacia Barston.

«Sabe más de lo que dice, pero no se atreve a confiarse del todo conmigo», pensó el joven, a la vez que se ponía en pie.

Volvería a conversar con Sadie en mejor ocasión, se propuso. Tal vez entonces se sintiese más comunicativa, pero, de todos modos, el diálogo que acababan de tener no se podía calificar de infructuoso.

—Buenas noches, Sadie — se despidió.
—Buenas noches, señor Normand.

Lentamente, regresó a su cuarto. El pequeño corredor que había antes de llegar estaba a oscuras y sólo recibía un débil resplandor procedente de las luces del gran vestíbulo. Abrió la puerta y entonces oyó una voz susurrante:
—La luz no es necesaria.
Normand se sorprendió primero y luego sonrió.
—Si lo quieres así...

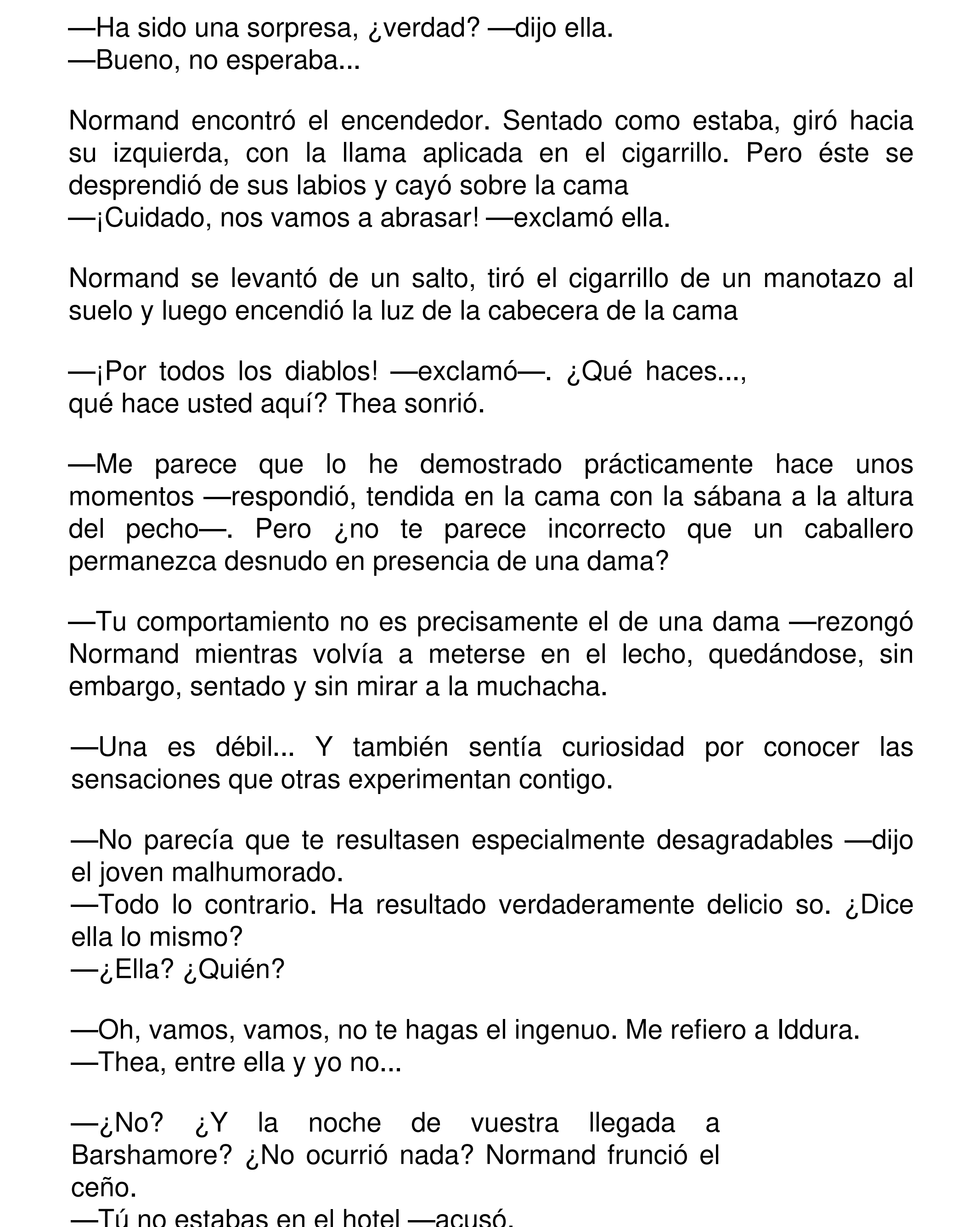
Entró, cerró la puerta y empezó a desvestirse. Momentos después, unos brazos largos, cálidos y flexibles, se enroscaban en tomo a su cuello, mientras que una boca ardiente buscaba la suya con voracidad.

* * *

Transcurrió un buen rato. Luego, ella dijo:
—¿Tienes un cigarrillo, Albert?

—Claro que sí, encanto.
—Enciéndemelo, por favor.

El joven se sentó para realizar la operación. Se puso el cigarrillo en los labios y buscó a tientas el encendedor.



—Ha sido una sorpresa, ¿verdad? —dijo ella.
—Bueno, no esperaba...

Normand encontró el encendedor. Sentado como estaba, giró hacia su izquierda, con la llama aplicada en el cigarrillo. Pero éste se desprendió de sus labios y cayó sobre la cama
—¡Cuidado, nos vamos a abrasar! —exclamó ella.

Normand se levantó de un salto, tiró el cigarrillo de un manotazo al suelo y luego encendió la luz de la cabecera de la cama

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¿Qué haces..., qué hace usted aquí? Thea sonrió.

—Me parece que lo he demostrado prácticamente hace unos momentos —respondió, tendida en la cama con la sábana a la altura del pecho—. Pero ¿no te parece incorrecto que un caballero permanezca desnudo en presencia de una dama?

—Tu comportamiento no es precisamente el de una dama —rezongó Normand mientras volvía a meterse en el lecho, quedándose, sin embargo, sentado y sin mirar a la muchacha.

—Una es débil... Y también sentía curiosidad por conocer las sensaciones que otras experimentan contigo.

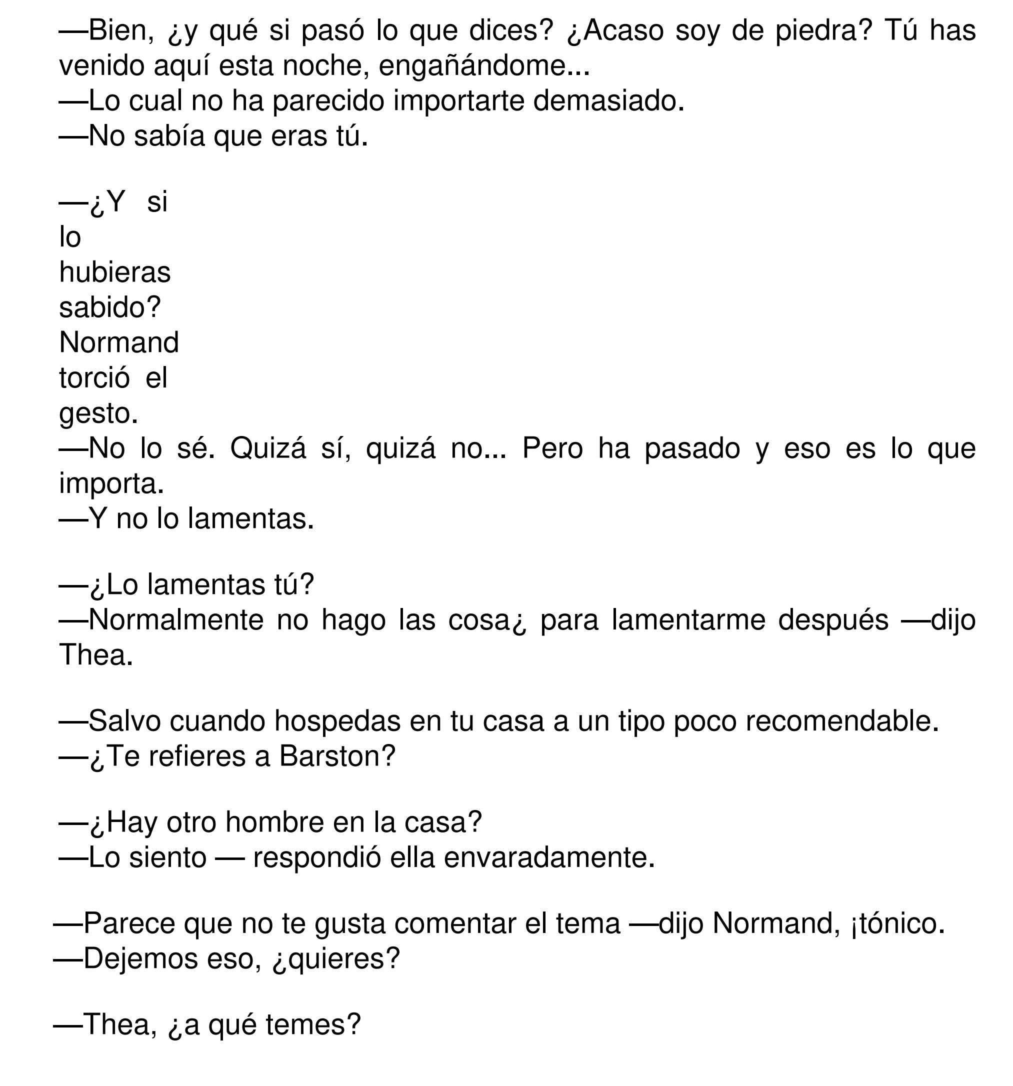
—No parecía que te resultasen especialmente desagradables —dijo el joven malhumorado.
—Todo lo contrario. Ha resultado verdaderamente delicio so. ¿Dice ella lo mismo?
—¿Ella? ¿Quién?

—Oh, vamos, vamos, no te hagas el ingenuo. Me refiero a Iddura.
—Thea, entre ella y yo no...

—¿No? ¿Y la noche de vuestra llegada a Barshamore? ¿No ocurrió nada? Normand frunció el ceño.
—Tú no estabas en el hotel —acusó.
—Pero lo sé. Me he enterado de lo que pasó.

—Ella no te lo habrá dicho, supongo.

—Nadie me lo dijo. Yo escuché una conversación entre dos personas. Una informaba a la otra, pero no te diré nombres.



—Bien, ¿y qué si pasó lo que dices? ¿Acaso soy de piedra? Tú has venido aquí esta noche, engañándome...
—Lo cual no ha parecido importarte demasiado.
—No sabía que eras tú.

—¿Y si lo hubieras sabido? Normand torció el gesto.
—No lo sé. Quizá sí, quizá no... Pero ha pasado y eso es lo que importa.
—Y no lo lamentas.

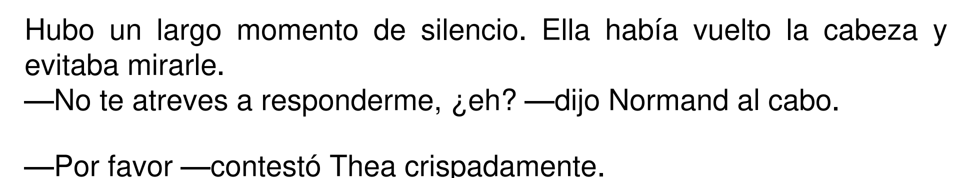
—¿Lo lamentas tú?
—Normalmente no hago las cosa¿ para lamentarme después —dijo Thea.

—Salvo cuando hospedas en tu casa a un tipo poco recomendable.
—¿Te refieres a Barston?

—¿Hay otro hombre en la casa?
—Lo siento — respondió ella envaradamente.

—Parece que no te gusta comentar el tema —dijo Normand, ¡tónico.
—Dejemos eso, ¿quieres?

—Thea, ¿a qué temes?


Hubo un largo momento de silencio. Ella había vuelto la cabeza y evitaba mirarle.
—No te atreves a responderme, ¿eh? —dijo Normand al cabo.

—Por favor —contestó Thea crispadamente.

—Barston te está haciendo chantaje, con algo que sabe de ti y que no quieres que se sepa. Eso está muy claro y yo no soy tonto, Thea.
—No, no es cierto... Además, ¿qué te importa a ti?
—Más de lo que te imaginas. ¿No sabes por qué estoy en Farnclough House?

—Viniste con Iddura como chófer y guardaespaldas...

—Eso es cierto, pero sólo a medias y por pura casualidad, ya que nos encontramos cuando yo venía a Barshamore. La verdad auténtica es que me envió mi tío, sir Morgan, para averiguar por qué no le has pagado la renta de casi un año ni tampoco has cancelado la deuda de tu padre.

—No tengo dinero, Albert.

—Eso ya lo sé. Pero, al contrario de lo que haces tú, yo voy a ser sincero contigo. Creo que sir Morgan quiere también los *Ojos de Fuego.*
—¿De veras? —se asombró ella.

—No lo ha dicho, pero le conozco un poco y sé que es un viejo zorro, que nunca dice todo lo que sabe.

—Tu tío tiene un montón de años. ¿Para qué quiere un viejo esos rubíes? ¿Va a regalárselos a alguna querida?

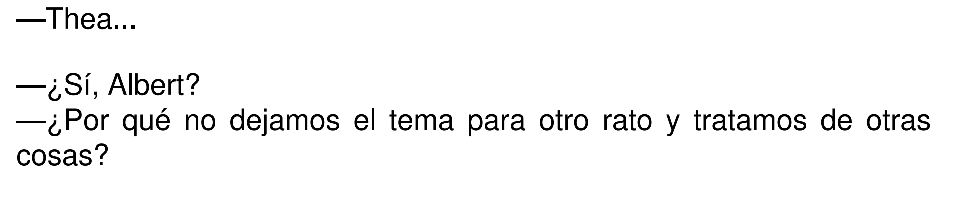
—No seas sarcástica. Cuando se llega a cierta posición, se ambiciona poseer objetos valiosos: cuadros, jarrones, muebles... y piedras preciosas.

—Supongamos que encuentras los rubíes. ¿Se los darás?

—No. Tienen dueño legítimo, el pueblo de Waka-Wahoo, y deben volver al lugar de donde salieron —respondió Normand firmemente.

—Si se encuentran... — dijo ella con cierta sorna. — Aparecerán, te lo aseguro.

Pero era más un deseo que una realidad, admitió


Norman íntimamente. Al cabo de unos segundos, sonrió.
—Thea...

—¿Sí, Albert?
—¿Por qué no dejamos el tema para otro rato y tratamos de otras cosas?

—¿Por ejemplo?
Normand apagó la luz y la abrazó con fuerza.
—Hay cosas que se pueden tratar sin necesidad de palabras —dijo ardientemente.

CAPITULO X

Dormía apaciblemente, cuando de pronto, oyó rumor de voces en el vestíbulo.

La curiosidad le espabiló en el acto. Thea estaba profundamente dormida y se levantó sin hacer el menor ruido, para acercarse al agujero de la pared.

Había una mujer en el vestíbulo, hablando con alguien a quien no podía ver por el momento. Normand, estupefacto, reconoció a la recepcionista del hotel.
—Esa deslenguada fue la que se «chivó»... —mascullo entre dientes.

Ahora comprendía por qué Thea estaba enterada de su aventura con Iddura. Pero ¿qué hada la mujer en Farnclough?
—Está bien, lo haré —dijo la recepcionista—. Pero no...

—Calla, Rosalee, no sigas por ese camino. Pronto tendré lo que sabes y entonces podremos irnos los dos muy lejos. Fuera del país, desde luego.

Había una luz extraña en los ojos de aquella mujer madura. Una solterona a la que el hombre, sin duda, había embaucado con buenas palabras, pensó Normand.
Y el hombre no podía ser otro que Andrew Barston.
—¿Cuándo sera eso, Andy? —preguntó ella ansiosamente.

—No tardará mucho, te lo aseguro...

—Me tienes completamente abandonada. Te espero todas las noches, pero tú no vas nunca —se quejó la mujer.

—Rosalee, compréndelo; por ahora, es mejor así. Cuando todo haya terminado, te compensaré de un modo que ni siquiera puedes imaginarte. Y ahora, anda; haz lo que te pido, por favor. Si actúas como te he indicado, nadie sospechará en absoluto.

De pronto, ella le abrazó con fuerza y le besó apasionadamente. Era un espectáculo casi patético y Normand se imaginó que a Barston no le hacía demasiada gracia, pero, por alguna razón desconocida, había convertido a la mujer en su cómplice y debía seguir desempeñando el papel de hombre enamorado.

Rosalee se marchó y Normand, a los pocos momentos, oyó el rumor

de un coche que se marchaba. Luego percibió el ruido de los pasos de Barston, que se encaminaba al primer piso.
Thea despertó en aquel momento.
—¿Pasa algo, Albert?

—No, todo está en orden. Simplemente, me levanté unos momentos...
Ella buscó a tientas su camisón, se lo puso y saltó de la cama.

—Vuelvo a mi dormitorio —dijo.
—Ten cuidado.
—No te preocupes. Puedes encender la luz, Albert.

—¿De veras?
Thea sonreía al echarse el pelo para atrás, antes de anudarse el cordón de la bata.

—Ya lo ves —dijo, cuando las tinieblas se hubieron disipado.

—Algún día me explicarás por qué viniste a mi dormitorio, haciéndote pasar por otra. ¿Celos, tal vez?

—No te lo imaginarías ni en cien años —respondió Thea—. Pero quizá te lo diga mucho antes, claro.

—¿Cuándo?

Thea le dirigió una sonrisa evasiva. Abrió la puerta y desapareció de la vista del joven. Normand volvió a la cama, pero, de pronto, se dio cuenta de que ya estaba desvelado y que no podría dormir en el resto de la noche. Aunque lo intentó, un cuarto de hora más tarde, se levantó de nuevo, harto de dar vuelas en la oscuridad, sin lograr conciliar el sueño.

Pensó en lo que podría hacer a una hora tan avanzada, más de las tres de la mañana, según supo tras consular su reloj. Luego, súbitamente, se le ocurrió una idea.

«No estaría de más darse una vueltecita por la biblioteca.»

Le hubiera gustado más seguir a la recepcionista del hotel, pero era ya demasiado tarde. Ella habría regresado hacía mucho rato. No podría alcanzarla y desperarla a semejantes horas podría provocar un incidente de consecuencias nada agradables.

«¿A qué diablos habrá venido esa mujer a esta casa?», masculló, mientras terminaba de vestirse.

* * *

Rosalee Emmell se sentía terriblemente nerviosa, a causa de la carga que llevaba en el coche. Una y otra vez se preguntaba si no estaba loca de remate, al aceptar el trabajo que Barston le había encomendado, fiándose solamente de unas promesas que no sabía si cumpliría, en la perspectiva de que una vida futura de lujo y placer en algún país tropical, los dos juntos...

Pero ya había aceptado y no podía retroceder. Conduciendo quizá con demasiada rapidez, abandonó el camino y entró en la carretera general. Un cuarto de milla más adelante, divisó los faros de un coche que venía en sentido contrario.

Estaba muy nerviosa y se olvidó de un detalle ineludible en semejantes circunstancias. Los ocupantes del coche que llegaba en dirección opuesta, sí caparon el detalle.

—Vuelve inmediatamente —dijo uno de ellos—. Ese conductor tiene que aprender a respetar las normas. No ha rebajado la intensidad de sus luces...

El otro coche pertenecía a la patrulla de tráfico. Su conductor dio la

vuela inmediatamente.

Rosalee vio la maniobra a través del retrovisor y se sintió muy inquieta. El mismo nerviosismo que padecía le hizo pisar el acelerador.

Entonces, se hundieron las luces destellantes del coche de patrulla y empezó a sonar la sirena.

Rosalee se sintió atacada por un pánico espantoso. Si los policías la alcanzaban...

Dio gas a fondo. El motor respondió en el acto y el cuentamillas subió casi al máximo. Pero entonces, se acercó a una curva y, aterrada, se percató de que no podría dominar el vehículo.

Frenó, pero ya era demasiado tarde. El coche se precipitó con horrible estruendo contra un añoso roble. Rosalee resultó violentísimamente proyectada a través del parabrisas, pero no lo sintió siquiera. Estaba muerta antes de caer al suelo, a veinte metros de distancia del coche convertido en un informe amasijo de hierros.

Los policías se apearon en el lugar del accidente y corrieron para ver de prestar auxilio a las víctimas. Bien pronto supieron que los ocupantes del coche no necesitaban ya de ninguna ayuda en este mundo.

* * *

Normand había llevado una pequeña linterna consigo y, una vez en el interior de la biblioteca, se acercó a la chimenea y, con ayuda de la lamparita, examinó la plancha de hierro del fondo.

El metal no encajaba en el conjunto de la chimenea. Allí tenía que haber piedra o ladrillo refractario. No se trataba de una chimenea totalmente metálica, sino de una muy antigua y en la que las posibles ventajas del hierro sobre el refractario quedaban descompensadas de sobra por el desagradable contraste que suponía en la decoración.

Acuclillado dentro de la chimenea, vio una delgadísima ranura que corría a todo lo largo del contorno de la plancha. De pronto, le pareció apreciar una leve protuberancia.

Apretó a fondo. Se oyó un ligero chasquido y la plancha se descorrió a un lado, dejando a la vista un negro hueco de dimensiones incalculables por el momento.

Normand avanzó el torso y alumbró el interior del hueco con la linterna. Era una especie de pozo bastante amplio, de unos dos metros de lado, no demasiado profundo, cinco metros a lo sumo. Había en la pared unos peldaños de hierro y, sin perder un segundo, inició el descenso.

Cuando llegaba abajo, sintió que el penúltimo escalón cedía ligeramente. La luz que penetraba a través de la abertura desapareció en el acto. Normand comprendió que la presión de su pie había accionado el mecanismo de cierre.

Luego paseó el haz de rayos de luz de la linterna, descubriendo, con gran asombro, que se encontraba en un profundo sótano de grandes dimensiones. Al fondo, divisó una puer-ta de hierro, pero la vio asegurada con dos enormes cerrojos y no se preocupó siquiera de intentar abrirla.

Continuó examinando el sótano. Al fondo, divisó una angosta

escalera de piedra que se perdía en las alturas. Acercándose a ella, inició el ascenso.

Momentos más tarde, llegaba a una especie de rellano, en el que divisó dos puertecitas, situadas la una frente a la otra y que, en apariencia, carecían de cerraduras. Pero, sin desanimarse, buscó la manera de abrir y pronto encontró lo que parecía el botón de un resorte que oprimió sin más dilación.

La puerta giró silenciosamente. Era muy baja, menos de metro y medio, y tuvo que agacharse para pasar al otro lado. Estupefacto, se dio cuenta de que salía a través de una chimenea y llegaba a un dormitorio ocupado por alguien.

Enfocó la linterna hacia la cama. Iddura dormía apaciblemente y no se había dado cuenta de su presencia. Normand pensó que lo mejor era emprender la retirada y retrocedió siguiendo el camino inverso, para regresar de nuevo al rellano.

Cerró la puerta y contempló la otra.

«Esta casa está llena de misterios. ¿Quién diablos construyó tantas trampas?», masculló entre dientes.

Para salir de dudas y averiguar adónde daba la otra puerta, sólo había un procedimiento. Después de oprimir el resorte, cruzó al otro lado y se irguió una vez fuera de la chimenea.

Entonces oyó una voz enojada:
—¿Viene otra vez a hacer el ridículo, señor Barston?

Normand tardó algunos segundos en reponerse de la sorpresa recibida. Al fin, sonrió y dijo:
—Tengo la impresión de que yo no he hecho el ridículo, señorita Vilmot.

* * *

Thea lanzó una exclamación de sorpresa y encendió la luz, sentándose a continuación en el lecho.
—¿Has venido a devolverme la visita? —preguntó irónicamente.

—No. Pasaba por aquí y se me ocurrió resguardarme de la lluvia —contestó él en el mismo tono.
—No está lloviendo.
—¿De veras? Pues yo hubiera creído que...

—Basta, no sigas. Si tienes algo que decirme, habla de una vez y luego márchate.

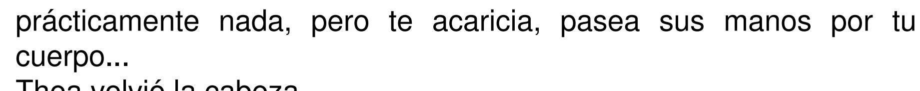
—Empleas un tono muy distinto del de hace un par de horas —le reprochó Normand—, Claro que entonces tenías motivos para sentirte afectuosa. Ahora, has conseguido lo que deseabas y ya no tienes por qué mostrarme siquiera simpatía.
—¿Qué he conseguido? No sé nada...

—Viniste a sonsacarme y yo te dije por qué estoy aquí. ¿Qué más quenas que te dijera? Thea se mordió los labios.

—Está bien —se disculpó—. Me encuentro un poco nerviosa... Aún no he conseguido dormirme...
—Lo mismo me pasó a mí. Y por eso estoy en tu dormitorio.
—La puerta está cerrada con llave.

—Sin embargo, creías que era Barston...
—El tiene un duplicado —dijo Thea desanimadamente.

—Y tú tienes que soportarle a la fuerza. No puede hacer


prácticamente nada, pero te acaricia, pasea sus manos por tu cuerpo...
Thea volvió la cabeza.

—¡Por favor! —dijo crispadamente.

—Está bien, no quiero seguir con el tema Ya me diras algún día qué poder tiene Barston sobre ti, para someterte a semejantes indignaciones. ¿Has matado a alguien?

—No, no... —contestó ella vivamente—. No se trata de eso... Te lo juro, Albert. Pero, créeme, no puedo decir nada más...

—Como quieras. Espero, sin embargo, que algún día puedas hablar claro. De todos modos, quiero que sepas que esta casa encierra más misterios de los que te imaginas.
—No sé a qué te refieres...

—¿Por dónde crees que he entrado, Thea?
Ella se quedó parada.

—Si no has usado la puerta...

—Mi camino hasta este dormitorio empieza en la biblioteca. He descubierto un sótano, en el que hay una puerta con dos enormes cerrojos. ¿Sabes tú adónde da?

En el rostro de Thea se apreció súbitamente una espantosa palidez. Normand captó el detalle y se sintió profundamente intrigado.
—¿No puedes contestarme? — insistió.

De pronto, Thea se ocultó el rostro con las manos y empezó a llorar. Normand se desconcertó un tanto, aunque, discreto, aguardó a que ella se calmara, lo que sucedió a los pocos momentos.

Thea se limpió los ojos con el pico de la sábana.
—Perdona, pero ahora no puedo decir nada más...

—Tranquilízate, habrá tiempo de sobra para hablar. A propósito, ya sé quién te dijo lo mío e Iddura.

—Si te refieres a Rosalee Emmell, la recepcionista, ella no me dijo nada. Lo escuché cuando hablaba con Barston. Ella parece que le quiere.

—Sí, es probable —contestó el joven con aire displicente—, Pero no te preocupes; a fin de cuentas, hay cosas mucho más importantes. ¿No te parece?

Thea asintió en silencio. Normand se dijo que ya no era conveniente seguir hablando y se encaminó hacia la puerta, cuya llave se veía puesta en la cerradura.

Momentos después, regresaba a su cuarto. Cuando iba a desnudarse, oyó el ruido de la puerta principal y aplicó el ojo al agujero.

Barston llegaba en aquel momento, sudoroso y jadeante. Parecía como si hubiera hecho ejercicio durante mucho rato.
«¿A estas horas?», se extrañó.

Barston subió inmediatamente a su habitación. Normand decidió averiguar lo que pudiera y, minutos más tarde, corrió hacia la puerta.

Fuera no había nadie. En el primer zaguán, el farol continuaba dando vueltas monótonamente, lanzando destellos multicolores a todas partes; rojo, amarillo, verde, blanco, azul, y ámbar...

Normand lo miró con disgusto.

«¿A qué idiota se le ocurrió instalar aquí semejante artefacto?», masculló disgustadamente.

Apagó el farol y volvió a su cuarto. Eran las cuatro de la mañana y confiaba en dormir un par de horas por lo menos.

CAPITULO XI

Mientras se afeitaba, por la mañana, pensó más de una vez en la puerta misteriosa del sótano. Los cerrojos parecían invulnerables y no se le ocurría la forma de abrirlos, para saber qué había en su interior.

Pero, de pronto, recordó un detalle. La puerta estaba forrada por medio de gruesos tomillos con cabeza de tuerca. Una buena llave inglesa, pensó de inmediato...

La encontraría Tenía todo el día por delante para conseguir la llave. Y, por la noche, cuando todos durmieran, se enteraría de lo que había al otro lado de la puerta misteriosa.

Salió de la habitación y, en aquel momento, sonó el teléfono. Sadie salió de la cocina, secándose las manos con el delantal, pero Normand se lo impidió con un gesto.

—Deje, yo atenderé esa llamada.
El teléfono estaba sobre una consola, en el vestíbulo. Normand levantó el aparato y dijo:

—Farnclough House. ¿Quién llama?

—Perdón, señor, ésta es la división regional de tráfico. Ha ocurrido un grave accidente, en el que tres personas han perdido la vida y desearíamos algunos informes de ustedes.

—No sé a quiénes se refieren. Aquí estamos todos perfectamente — contestó el joven.

—Disculpe, señor, pero entre la documentación de uno de los cadáveres hemos encontrado algo que menciona esa casa. Parece que estuvieron ahí últimamente...
—¿Puede decirme los nombres, por favor?

—Sí, desde luego. Bill Bruckner y Verna Maston. El accidente sucedió a las tres de la madrugada, aproximadamente... ¿Sabe si salieron de Farnclough House a esa hora?

Normand pensó con rapidez. Tenía noticias de que los Bruckner se habían marchado por la mañana de la víspera, aunque no había presenciado su partida. Y ahora decían que habían muerto al menos

dieciocho horas más tarde. Decidió dar una contestación evasiva por medio de otra pregunta: —¿Era de ellos el coche accidentado?

—Sí, desde luego. Lo curioso era que otra persona viajaba también con ellos y, según parece, lo conducía Se llamaba Rosalee Emmell y era la recepcionista del hotel de Barshamore.

Normand se quedó pasmado un instante. Pero, en seguida, recordó la entrevista de Rosalee con Barston.

Sí, ella había conducido el coche, pero porque ya llevaba dos cadáveres en su interior, dedujo en el acto.

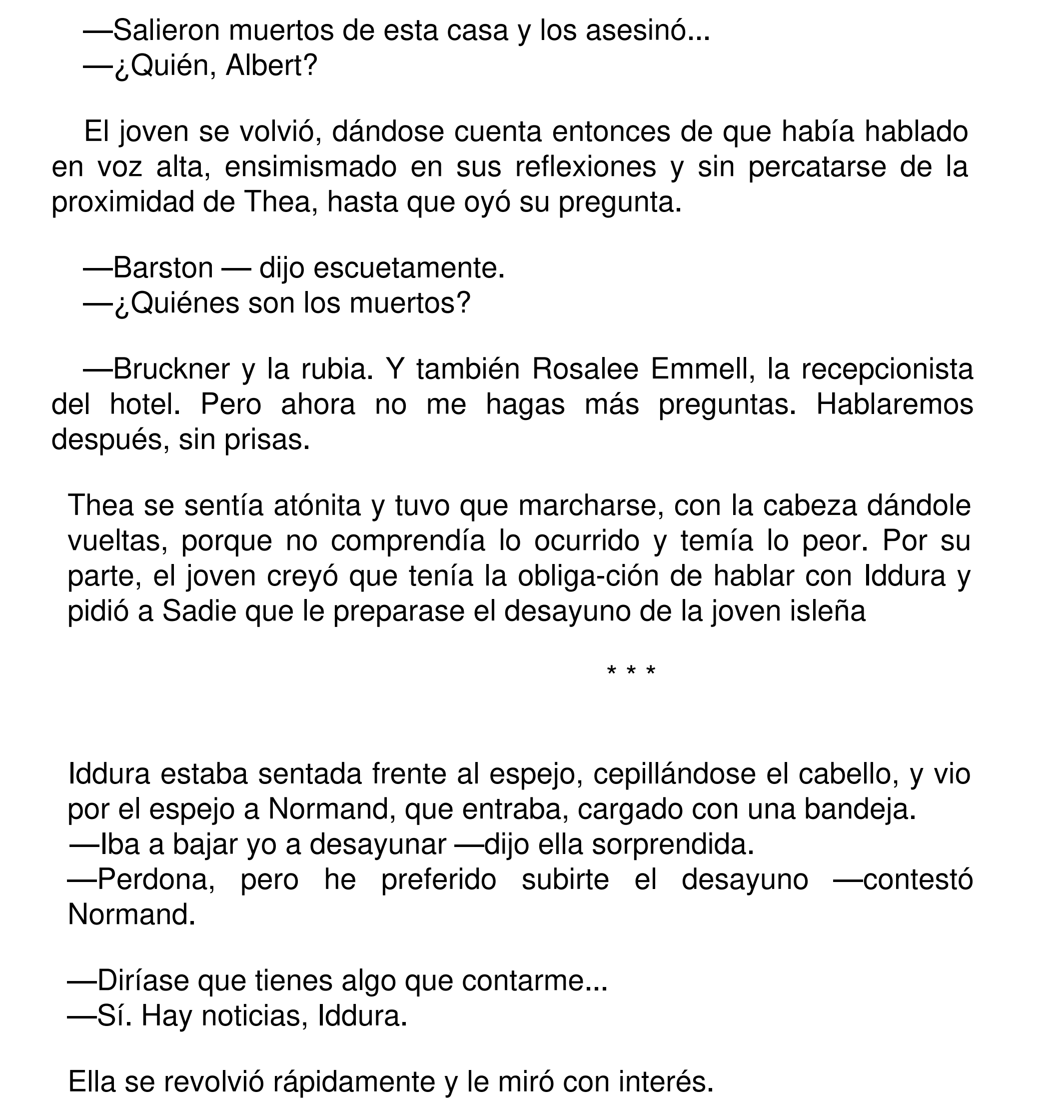
—Siento mucho no poderle dar más detalles —dijo—. El señor Bruckner y su acompañante se marcharon ayer de Farnclough. Si luego se quedaron en el hotel, no podría decirles nada acerca de ello.

—Está bien, señor, muchas gracias. Por favor, ¿puede facilitamos su identidad?

—Con mucho gusto. Soy Albert Normand, sobrino de sir Morgan Lann-Smooth, propietario de Farnclough House. A su disposición siempre, por supuesto.

—Agradecido, señor —se despidió el policía

Normand se quedó sumido en unos pensamientos nada agradables. Si los Bruckner habían sido hallados muertos junto con Rosalee Emmell, ello sólo podía significar una cosa.


—Salieron muertos de esta casa y los asesinó...
—¿Quién, Albert?

El joven se volvió, dándose cuenta entonces de que había hablado en voz alta, ensimismado en sus reflexiones y sin percatarse de la proximidad de Thea, hasta que oyó su pregunta.

—Barston — dijo escuetamente.
—¿Quiénes son los muertos?

—Bruckner y la rubia. Y también Rosalee Emmell, la recepcionista del hotel. Pero ahora no me hagas más preguntas. Hablaremos después, sin prisas.

Thea se sentía atónita y tuvo que marcharse, con la cabeza dándole vueltas, porque no comprendía lo ocurrido y temía lo peor. Por su parte, el joven creyó que tenía la obliga-ción de hablar con Iddura y pidió a Sadie que le preparase el desayuno de la joven isleña

* * *

Iddura estaba sentada frente al espejo, cepillándose el cabello, y vio por el espejo a Normand, que entraba, cargado con una bandeja.
—Iba a bajar yo a desayunar —dijo ella sorprendida.
—Perdona, pero he preferido subirte el desayuno —contestó Normand.

—Diríase que tienes algo que contarme...
—Sí. Hay noticias, Iddura.

Ella se revolvió rápidamente y le miró con interés.
—Han aparecido los rubíes —exclamó.

—No. Lo siento —contradijo él—. Por ahora no puedo darte buenas noticias sobre ese tema

—¿Entonces...?
—Las noticias son muy otras. Bruckner y la rubia han muerto.

—¡Oh, es horrible! ¿Qué les pasó?

—Hubo un accidente de coche. Pero ellos ya estaban muertos, cuando el automóvil se estrelló contra un árbol. Murieron aquí, en esta casa.
Iddura palideció.

—¿Debo entender que fue Barston el autor de esas muertes?

—Lo sospecho con bastante fundamento, aunque no tengo la menor prueba de que lo hiciera él. Pero todavía hay más.
—¿Sí, Albert?

—Rosalee Emmell, la recepcionista del hotel de Barshamore, también murió en ese accidente. Ella vino a llevarse los cadáveres de Bruckner y Verna. No sé qué le pasaría, pero lo cierto es que murió.

—Eso significa que la recepcionista era cómplice de Barston.

—Indudablemente. Creo que él la tenía engañada con falsas promesas, pero eso no desvirtúa lo ocurrido. Me pareció que debías estar enterada de lo que sucede.
Iddura hizo un leve gesto de asentimiento.
—Gracias, Albert. Si puedo hacer algo más por ti...

—Me gustaría hacerte una pregunta —dijo él.
—Lo que sea —accedió la joven.

—¿Sabes si Katton murió? Quiero decir si conoces con absoluta exactitud lo que le pudo suceder...

—Lo siento. Dejamos de tener noticias suyas, aunque dijo que había encontrado el posible escondite de los *Ojos de Fuego.* Al no saber nada de él, llegamos a la conclusión de que había muerto... asesinado, con toda seguridad.

Normand movió la cabeza afirmativamente.

—No me extrañaría en absoluto — murmuró. Había tristeza en el rostro de Iddura cuando dijo:

—Yo estimaba enormemente a Kattoon. Creo que hubiéramos acabado casándonos...
—¿A pesar de las diferencias sociales?

—En Waka-Wahoo el nacimiento no cuenta cuando se trata del amor —replicó ella orgullosamente—. Kattoon y yo habíamos descubierto que nos compenetrábamos física y espiritual mente...

—¡Vaya! —respingó Normand —, ¿También... eso? Ella sonrió.

—A los quince años yo ya sabía qué era el amor. Allí es algo natural, y nadie le da importancia, aunque, desde luego, cuando una pareja se casa, la fidelidad es recíproca y absoluta. Pero antes...

—Lo que uno quiere y con quien quiere, vamos.

—Bueno, no vayas a creer que es un paraíso de la orgia sexual diaria. Sólo cuando un hombre y una mujer se sienten atraídos... aunque luego ese sentimiento no fructifique...
Tú ya me entiendes, ¿verdad?
—Eso quiere decir que tú has sentido hacia mí cierta atracción, que no fructificará.

—Tendríamos que permanecer juntos mucho más tiempo y creo que no será posible — respondió Iddura.

—Sí, desde luego. Bueno, quizá mañana pueda darte más noticias... Te veré otro rato, Iddura.
—Siempre que quieras, Albert.

El joven se marchó y descendió al vestíbulo. El tiempo continuaba sombrío, con intermitentes rachas de agua y viento. Había muy poca luz en el exterior. El ambiente era plomizo, penumbroso, deprimente.

De pronto, recordó que tenía que buscar una llave inglesa. Encontraría una en el garaje donde se guardaban los coches, pensó.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta. Al llegar al zaguán, advirtió que el farol multicolor estaba encendido.

Las luces se reflejaban alternativamente contra la pared. Azul, blanco, verde, ámbar, rojo... ¿Por qué el rojo daba el círculo más pequeño en la pared?

Los otros colores proyectaban espacios que, en el momento de formar un círculo, medían casi diez centímetros de diámetro. El rojo apenas llegaba a la mitad.
Meneó la cabeza. Era un detalle que no tenía importancia

—Defecto del fabricante —masculló. Y salió al exterior.

* * *

Thea se sintió estupefacta cuando Normand, a través de la chimenea de su habitación, la condujo al sótano donde estaba la puerta que había decidido abrir.

—Nunca hubiera imaginado que existieran semejantes pasadizos en esta casa — manifestó la joven.

—Yo tampoco, pero los descubrí por casualidad y pienso aprovecharme de ello. Seguramente, Barston los conoció por casualidad, aunque tal vez pudo examinar los planos cuando trabajaba para mi tío Morgan. Y, naturalmente, se aprovechó de la circunstancia, para...

—¿Para qué, Albert?

Normand, con la llave inglesa en la mano, se volvió hacia la muchacha.

—¿Estás segura de que tu padre ha muerto? —preguntó. Thea se mordió los labios.

—Sí...

—Mientes, pero no importa. Y eso lo vamos a ver muy pronto.

—Albert, por favor...

Ella tendió una mano en actitud suplicante, pero el joven no hizo el menor caso. Ajustó la llave a la cabeza de uno de los tomillos y empezó a dar vueltas en el sentido apropiado para extraerlo.

La tarea le ocupó casi una hora. La puerta, privada de sus elementos de sustentación, estuvo a punto de caérsele encima, aunque pudo soportarla con relativa facilidad. Luego, porque era muy pesada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartarla a un lado y así quedó la entrada despejada.

Al otro lado de la puerta había una habitación de grandes dimensiones, muy bien amueblada, con una cama, en la que dormía un hombre de largos cabellos y abundante barba. Thea reconoció al durmiente y lanzó un agudo grito de sorpresa.

—¡Es mi padre!

—Lo sabía —dijo Normand, satisfecho.

CAPITULO XII

—Y tú también sabias que tu padre estaba aquí —añadió, volviéndose hacia la muchacha.

—No, no lo sabía —respondió Thea—. Creía que Barston lo había escondido en alguna parte... Desde luego, me mostré de acuerdo con él cuando dijo que debíamos fingir su muerte, pero siempre creí que estaría en otra parte...

—¿Por qué? —se extrañó el joven—. ¿Acaso
había hecho algo malo? Thea bajó la cabeza.
—Mató a un hombre — musitó, abrumada.
Normand creyó adivinar la identidad de la víctima del profesor.

—
Kattoon
—
dijo.
Ella
asintió.

—Sí. Vino a buscar los rubíes... Hubo una fortísima discusión entre los dos... Mi padre perdió los estribos y le golpeó con algo duro en la cabeza... Yo no lo vi; me lo contó Barston y dijo que lo mejor que podíamos hacer era esconderlo una temporada, hasta que el posible escándalo de la desaparición de Kattoon se hubiera disipado... El se encargó de todo, pero nunca imaginé que lo tenía aquí, encerrado en esta casa...

—De modo que ésta era la forma que tenía de obligarte a hacer lo que se le antojaba, amenazándote con denunciar a tu padre si tú te negabas a..., bueno, a lo que ya sabemos...

—Sí —confirmó Thea—. Albert, ¿qué podía hacer yo? Es mi padre y, aunque sé que no obró bien, yo quería protegerlo. Trata de comprenderme, por favor.

—Entonces, por eso no tenías dinero. La muerte de tu padre no había tenido confirmación oficial y no podías, por tanto, disponer del dinero que él tenía en el banco.
—Así es. Barston sufragaba mis gastos, pero no me daba nunca dinero en efectivo.

—Se necesita paciencia —comentó él sarcásticamente—. Casi un año, esperando a averiguar dónde había escondido tu padre los rubíes... Pero, por lo visto, no se fiaba demasiado de Barston y no se lo dijo nunca. ¿Me equivoco?

—Tendríamos que preguntárselo a él, ¿no te parece? —contestó Thea, señalando al durmiente.

Normand vio una botella medio vacía junto a la cama y frunció el ceño. El profesor bebía, sin duda, como método para soportar el encierro a que se había sometido voluntariamente, a fin de evitar la acción de la ley. Pero, también, al mismo tiempo, debía de sospechar que sólo viviría mientras guardase el secreto del escondite de los *Ojos de Fuego.*

«Una situación absurdamente dramática», pensó.

—Albert, ¿cómo llegaste a la conclusión de que mi padre podía estar aquí? —preguntó la muchacha.

Normand demoró la respuesta unos momentos. De pronto, se fijó en un hueco que había en el techo y encontró la solución.

—A veces, tu padre, sin duda, embriagado, se ponía furioso y gritaba... y ésa era la voz que percibíamos en la biblioteca, a través de la chimenea —respondió—. No había

fantasmas; sólo un ser de carne y hueso en una situación poco agradable. Ella apretó los labios.

—Le haré afrontar la realidad y que responda de su acción —dijo—. Pero no debe continuar así ni un minuto más, Albert.
—Totalmente de acuerdo contigo —manifestó el joven.
—Y declarará dónde escondió los rubíes...

Súbitamente, Normand se dio cuenta de un detalle. En el acto, se puso rígido, porque sabía que la noticia iba a causar un vivísimo pesar a la muchacha.

Pero no tuvo tiempo de decir nada. Una voz sonó inesperadamente a espaldas de la pareja.

—En efecto —dijo Barston—. El tiempo de espera ha durado ya demasiado. El profesor me dirá ahora mismo dónde escondió los rubíes o, de lo contrario, meteré una bala en la cabeza de su encantadora hija.

* * *

Thea lanzó un pequeño grito y se agarró instintivamente al brazo del joven. Normand procuró mantenerse sereno.
—Nos ha descubierto, Andy —dijo en tono normal.

—Esta vez no había chinchetas ante la puerta del dormitorio de Thea. Cuando vi que ella faltaba de su habitación, bajé a la suya, Albert. No estaban allí tampoco ninguno de los dos, así que deducir dónde se encontraban resultó fácil.

—Sí, no fue una empresa agotadora —contestó el joven sarcásticamente—. ¿Y todavía no ha conseguido saber dónde están los *Ojos de Fuego?*

—El profesor se ha mostrado siempre obstinado a ese respecto —dijo Barston con acento rencoroso—. Yo quería ayudarle, para que no lo encerrasen por el asesinato de Kattoon...

—Pero él no se fiaba de usted y sabía que sería hombre muerto en cuanto le dijera dónde estaban escondidos los rubíes. Como le sucedió a MacRae, el autor de los duplicados... y como le pasó también a Happ Bruckner, a quien usted abrió el vientre para quitarle

unos duplicados que él se había tragado creyendo que eran originales... Y como les sucedió igualmente a su hermano y a Verna Maston, quienes habían venido a Farnclough House para conseguir esas gemas... Por no hablar de Kattoon, cuya muerte no se puede afirmar sea debida a una acción del profesor.

—¿Y qué? —gritó Barston descompuestamente—. Desde el primer momento ambicioné poseer los rubíes y no debía permitir que nadie me impidiera conseguirlos. El profesor está vivo solamente porque sabe dónde están..., y ahora, se lo aseguro, me lo dirá o mataré a su hija.

Thea se estremeció con fuerza al oír aquellas palabras. Normand le dio unas palmaditas en la mano que tenía crispada sobre su brazo.

Era hora, pensó, de darle la peor noticia que podía esperar en aquellos momentos.

—No temas —dijo—. Barston no te matará, porque tu padre, infortunadamente, ya no puede hablar.

Thea conprendió de golpe y lanzó un agudísimo chillido. Olvidada por completo de la amenaza de la pistola, corrió hacia la cama y se arrodilló junto a su padre, llamándole con desesperación.

Pero el profesor no contestó. Normand calculó que había debido de morir aquella misma noche. El encierro prolongado, el abuso de la bebida... Su corazón, se dijo, había terminado de pararse.

Hubo unos momentos de silencio. De pronto, Thea se puso en pie y avanzó con ojos llameantes hacia Barston.

—¡Usted! —acusó—. ¡Usted lo ha matado...! Es un asesino y pagará por ello... Le acusaré a la policía de secuestro...

La mano armada de Barston tembló de furia y de rabia, decepcionado por la súbita desaparición de sus sueños. Normand se dispuso a actuar, temeroso de que el sujeto, enloquecido, disparase contra Thea.

Pero no tuvo tiempo de intervenir. Alguien apareció súbitamente detrás de Barston. Dos poderosas manos se cerraron sobre el cuello del individuo.

—Tú ya no matarás a nadie... ni poseerás jamás los *Ojos de Fuego* —dijo el recién llegado, un desconocido de elevada estatura y piel aceitunada.

El sujeto podría haber sido un hombre apuesto, a no ser por la espantosa cicatriz que deformaba horriblemente sus facciones, desde el lado izquierdo de la frente hasta el mentón, partiéndole prácticamente la cara en dos mitades: una normal y atractiva, y la otra horripilante y repulsiva. Mirado de perfil, según el punto de vista, podía parecer un joven guapo o un monstruo repugnante.

Normand no lo había visto jamás, pero creyó identificarlo. En el mismo momento, sonó un agudísimo chillido de mujer:

—¡Kattoon!

Aquella exclamación, se dijo Normand, confirmaba sus suposiciones. No sabía cómo había sobrevivido Kattoon hasta entonces, pero una cosa era segura: no había muerto. Aunque el espantoso aspecto de sus facciones se debía, sin duda, al golpe que el profesor le había propinado con algún objeto duro y con extraños relieves, tal vez algún recuerdo de su expedición a Waka-Wahoo.

En el mismo instante, Barston, luchando con desesperación por su vida, consiguió revolverse en parte, aunque sin lograr que las manos de Kattoon se separaran de su cuello. La pistola, con la boca del cañón apoyada en el pecho de Kattoon, vomitó un seco estampido.

Kattoon se estremeció visiblemente, pero no por ello aflojó la presión de sus manos. Barston volvió a disparar.

El arma estaba muy cerca de las ropas del isleño, que empezaron a husmear a causa de los fogonazos. Barston, amoratado, con los ojos fuera de las órbitas, seguía haciendo disparo tras disparo, sin que Kattoon soltase su presa.

La lengua de Barston asomó por entre sus labios, junto con una sucia espumilla. De repente, se oyó un seco chasquido.

La cabeza de Barston se dobló hacia atrás y sus piernas se doblaron. Cayó al suelo y Kattoon se desplomó sobre él, muerto también, acribillado el pecho por todos los proyectiles del arma.

Iddura lanzó un aullido de fiera herida y se precipitó sobre el cadáver del isleño. Para Thea, aquello era ya demasiado y perdió el conocimiento súbitamente. Normand apenas si tuvo tiempo de recogerla en sus brazos, antes de que el cuerpo de la muchacha tocase el pavimento.

* * *

La casa parecía sumida en una especie de estupor que mantenía inmóviles a sus habitantes en sus respectivas habitaciones. Los cadáveres habían sido ya enterrados y la policía hecho las indagaciones pertinentes.

Normand conocía ahora el misterio de la repentina aparición de Kattoon. El isleño había sido golpeado por el profesor con la estatuilla de obsidiana, una obra de auténtico arte nativo. Barston había llegado en aquel momento y dijo que él se encargaría de esconder el cuerpo.

Pero luego, según parecía, Kattoon había conseguido recuperar el conocimiento y había escapado a campo través, cubierto de sangre y semiinconsciente. Había permanecido largo tiempo en un hospital, completamente amnésico, hasta que, de repente, le volvió la memoria y decidió encaminarse a Farnclough House.

Sin duda, había conocido también a Barston y averiguado bien pronto la clase de personaje que era. Normand pensaba en ocasiones que era muy posible que habría asesinado también al profesor de haberlo encontrado con vida.

Pero era necesario poner punto final al drama Tenía que hacer algo antes de que Thea e Iddura abandonaran Farnclough House.

Sucesivamente, llamó a las puertas de dos dormitorios e indicó a las mujeres que las aguardaba en el zaguán. Iddura y la muchacha bajaron a los pocos momentos.

Thea, intrigada, vio que el joven tenía un martillo en la mano.

—¿Dónde esconder algo sin que nadie sepa encontrarlo? —sonrió Normand—. El truco consiste en ponerlo bien a la vista, de tal forma que nadie es capaz de adivinar que lo tiene, como vulgarmente se dice, delante de las narices.

—No comprendo —manifestó Thea, desconcertada.

—¿Por qué no te explicas mejor? —sugirió Iddura.
—Ahora mismo.

Normand se subió a una silla y sujetó el farol con una mano. Luego dio un golpecito seco en uno de los cristales semiesféricos que protegían las lámparas de colores.

El vidrio se quebró fácilmente. Normand metió dos dedos y extrajo algo que despedía un resplandor verdaderamente fascinante

—¡Ahí va eso, Iddura!

La joven isleña atrapó al vuelo aquella hermosa piedra roja, del tamaño de un huevo de paloma. Normand le entregó en seguida el segundo rubí y luego saltó al suelo.
—Lo habíamos tenido siempre delante, sólo que no supimos verlo —dijo, satisfecho.
—Pero tú supiste encontrarlos... —murmuró Iddura.

—Hace un par de noches, me fijé en un detalle singular. Las luces rojas formaban unos círculos mucho más pequeños que las de los otros colores. En cierto modo, era un «láser» doméstico, que concentraba los rayos de la lámpara blanca que había al otro lado... en

lugar de la roja que debería haber estado y que, sin duda, estuvo antes de que el profesor ideara ese escondite, Iddura, ya tienes lo que buscabas. Los *Ojos de Fuego* volverán al lugar de donde nunca debieron haber salido.

Iddura asintió.

Y te lo debemos a ti y nunca olvidaremos lo que has hecho por nosotros —manifestó—. Si algún día vas a Waka-Wahoo, serás nuestro huésped preferente... y ta mismo te digo a ti, Thea.

—Dudo mucho de que yo vaya algún día a tu país, Iddura —contestó la muchacha. Normand sonrió.
—¿Quién sabe? Nunca se puede asegurar...

* * *

Llamó a la puerta, cargado con un enorme ramo de rosas, y esperó unos momentos.

Thea abrió muy pronto y miró sorprendida al visitante.
—¿Qué haces aquí, Albert? — preguntó.

—¿Te molesta que venga a visitarte? —sonrió Normand. —No, claro que no, pero... En fin, pasa.
Normand le entregó las flores.

—Iré a ponerlas en agua —dijo Thea. Momentos más tarde, regresó junto al visitante.

—Si esperas que se repite lo que pasó cierta noche...
—¿Por qué lo hiciste, Thea? ¿Por curiosidad o por celos?

—Por las dos cosas... y porque sentía deseos de olvidar un poco mi situación. Pero ahora ya se ha pasado todo y no preciso de ciertos estímulos para olvidar.

—Bien, como comprenderás, yo no me voy a jactar de lo que sucedió. Además, lo encuentro completamente lógico, a pesar de que trataste de engañarme.
—Era una forma de relajar la tensión.

—Thea, no quisiera pecar de presumido, pero ¿no tratabas también de que yo apreciase tus encantos más que los de otra mujer que no es preciso mencionar?

Ella sonrió débilmente.

—¿Cuál es tu decisión?
— inquirió, maliciosa.
Normand suspiró.
—Ella está ya a miles de millas de distancia...
—Pero si estuviese aquí...

—La elección seria siempre la misma Tú.
—Muchas gracias, Albert.

—Ah, otra cosa. Te traigo un cheque. Me lo ha dado mi tío. Dice que perdona la deuda.
Thea alzó las cejas.
—Muy generoso, sir Morgan —comentó.

El joven puso el cheque en las manos de Thea.
—No lo creas, es el tipo más listo que he conocido en los días de mi vida.

—¿Lo llamas listo por perdonar una deuda?

—Es que, de esta manera, se ahorra un regalo de boda. Hubo un momento de silencio. Luego Thea dijo:

—Debo suponer que no bromeas, Albert.
—Una petición de mano es siempre algo muy serio —contestó él.

—Y tú esperas que yo acepte...
—Bien, si me rechazas, ya tengo en Liverpool un bote de remos esperándome.

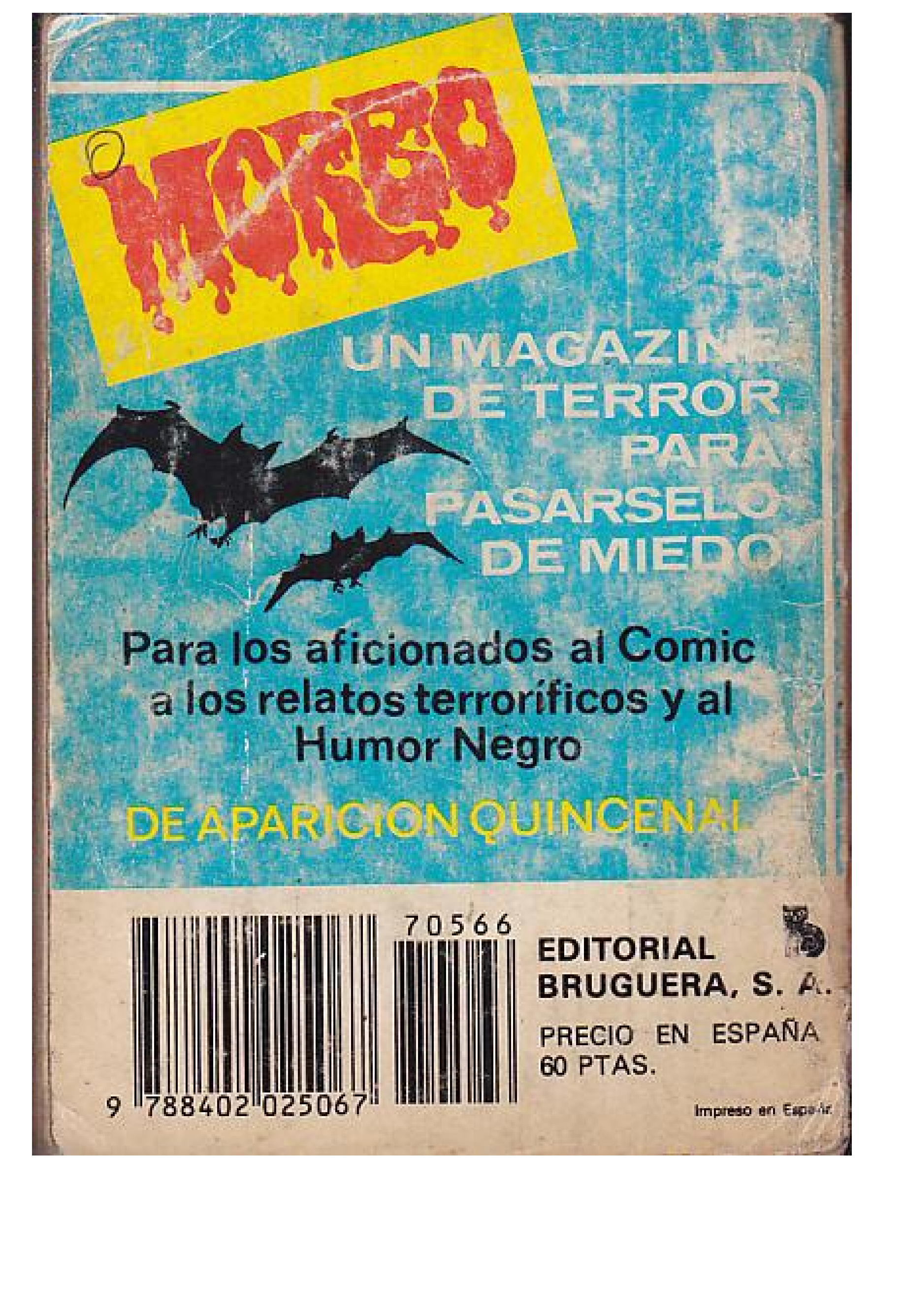
—¿Un bote de remos? —exclamó ella, estupefacta—, ¿Para qué, Albert?

—No tengo mucho dinero y los remos me ahorrarían un motor. Tardaría tiempo, claro, pero acabaría llegando a Waka-Wahoo...
Thea se echó a reír. Luego le agarró por un brazo.

—Voy a ahorrarte ese trabajo — manifestó. Normand pasó un brazo en tomo a su cintura.

—Esto es mucho mejor que remar durante un año seguido —dijo—. Está más cerca, es hermosa, la quiero mucho y ella, supongo, me quiere... ¿Te digo algo más?
Thea le dirigió una intensa mirada.
—Es suficiente, Albert —respondió.

FIN


MORBO
UN MAGAZINE
DE TERROR
PARA
PASARSELO
DE MIEDO
Para los aficionados al Comic
a los relatos terroríficos y al
Humor Negro
DE APARICION QUINCENAL
70566
9 788402 025067
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
Impreso en España